

La Ilustración Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 13 DE SEPTIEMBRE DE 1915

NÚM. 1.759

EXPOSICIÓN DE LA REAL ACADEMIA DE LONDRES. 1915



MARIPOSA AZUL, cuadro de Arturo Garratt

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Quintriqueo*, por Emilio Lillo Figueroa. — *La guerra europea*. — *Santander. La Fiesta de la Flor*. — *Covadonga. Visita de SS. MM.* — *Mi tío Florencio* (novela ilustrada; continuación). — *El sombrero de Manaví o de Panamá*, por Federico W. Goding. — *Libros*. — *Barcelona. Homenaje a la memoria de León Fontova*.

Grabados. — *Mariposa azul*, cuadro de Arturo Garratt. — Dibujo de Mas y Fondevila, ilustración al cuento *Quintriqueo*. — *La guerra europea. Pintoresco puesto de observación de las avanzadas alemanas*. — *El general Michel presenciando el desfile de los regimientos de la 104.ª división territorial*. — *Soldados del regimiento de lanceros de Bengala haciendo su toilette*. — *El Rey Alberto de Bélgica y el Presidente de la República francesa presenciando el desfile de las tropas*. — *Disparo de un mortero austriaco en Galicia*. — *Soldados alemanes construyendo un pozo*. — *En Servia, en París y en los Vosgos*. — *A la fuente*, cuadro de Eugenio de Blaas. — *Fausto y Margarita*, cuadro de Eugenio Klimsch. — *Santander. La Fiesta de la Flor*. — *Covadonga. Visita de SS. MM.* — *El sombrero de Manaví o de Panamá*. — *Barcelona. Homenaje a la memoria de León Fontova*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El famoso comediógrafo Jacinto Benavente, por tantos conceptos actual, lo es doblemente ahora, a causa de la acalorada polémica que sostiene con varios periódicos, a causa de su germanofilia, profesada en diversos escritos.

Tal vez la palabra *germanofilia* parezca un poco burda, y, desde luego, es muy trillada, gastada y revieja; un año entero de baqueteo la ha marchitado de tal suerte, que aburre hasta pronunciarla. No obstante, acaso por su misma vulgaridad, no hay mejor modo de que se entienda lo que reprochan a Benavente no pocos de sus antiguos admiradores, y lo que le gana las simpatías de bastantes que acaso no lo fuesen sin restricciones numerosas.

La política militante se ha mezclado en el asunto. Y la política, amalgamada con la literatura, es peor que la sal unida a los calomelanos.

De la amalgama consabida no puede salir cosa de provecho.

Las letras no ligan con la política (hablando en general,) y claro que cuando la posteridad se ocupe de Benavente, estudiará su obra y sus tendencias, pero no otorgará gran valor al hecho de que, en esta conflagración (otra palabra lacia y manida), sus simpatías hayan estado de parte de los aliados o los teutones.

Sin embargo, como todo tiene su porqué y su raigambre honda, el cambio de aspecto de la personalidad literaria de Benavente, muchos lo han visto anunciado en su última (creo que en efecto es la última) producción, *El Collar de Estrellas*. El *danunzista* — perdónese el voquible — se ha convertido en un espiritualista cristiano.

**

Yo ya sé que, en el momento presente, lo mismo se puede abogar por el pro que por el contra de infinitas cosas.

¿Qué concepto de la vida y del mundo y de lo natural y de lo sobrenatural envuelve el hecho de ser partidario de Alemania, hoy en día? Unos afirman que para inclinarse a Alemania hay que sostener, con Carlos Octavio Bunge, que el derecho es la fuerza, que no hay más ética, y que por ahí se va a la grandeza y poderío de las naciones y de las razas; mientras otros declaran que el triunfo de Alemania es el triunfo del criterio cristiano, de la causa del orden basado en principios morales, y la destrucción o cuando menos el vencimiento de los materialismos que minaron las sociedades, y llegaron a amagar su ruina, la caducidad de los ideales que la tradición había consagrado.

¿A cuál de estas soluciones se inclina Benavente? Si juzgo por su discurso en los Juegos Florales del Escorial, a la segunda.

**

Los Juegos Florales del Escorial — y va de digresión — me han interesado; entre los Certámenes análogos que cada día anuncia la Prensa, por el vivo contraste que forman, no sólo con el Monasterio y su fábrica severa, herreriana, sino con la figura que todavía parece habitar, como un duende, los sombríos muros: la de Felipe II *el Prudente*, así le llaman sus apologistas.

El aparato clásico de estos festejos, que tiene tanto de brillador y teatral; la corte de amor, la Reina de la belleza, los pajes, el poeta laureado, con su flor natural — entre los dedos pulgar e índice —, todo lo que intenta hacer revivir una hora el ambiente de las justas trovadorescas provenzales, se despega, na-

turalmente, del recinto de la gran craticula o parrilla laurentina, donde aquél que era señor del mundo se encerró para morir, meditando en la inania de las grandezas terrenales.

No: por más que hago, no acabo de concertar la significación del grave Escorial, con la institución poética de Clemencia Isaura.

Y estoy por decir que la bulliciosa fiesta me echa a perder ese melancólico y majestuoso asilo del que pronunció palabras dignas de un asceta indiano o de un solitario de la Tebaida, que ve, bajo el oropel, la ceniza, y que ha descendido al fondo abismal de la contemplación.

**

En ningún monumento mejor que en el Escorial se ha sellado y marcado indeleblemente el espíritu de España.

Por varios conceptos, el Escorial es doblemente representativo que ninguna Catedral gótica.

En este concepto, razón tuvieron Quintana y Núñez de Arce cuando hicieron del Escorial algo simbólico, la esencia misma de lo que constituyó nuestro poderío y nuestra decadencia.

En otros países, no concibo el Escorial; lo hacen nuestro, expresivo de nuestro ser, tantas circunstancias, que el historiador y el pensador se detienen atónitos ante la mole de la cual dice Benavente que es a la vez palacio, templo y tumba, y, pudiera añadir, también cenobio.

La arquitectura del Escorial parece greco-romana, y no lo es sino en cierto respecto, en el de la sencillez robusta; pero el estilo pagano está vestido a la española, lleva un sayal, y tiñe y caracteriza su conjunto aquel peculiar ascetismo del fundador.

La robustez se la dió el Renacimiento; el fervor, que trasmana de las enormes masas graníticas, irradió del alma española del siglo XVI, capaz de levantar en peso al planeta.

**

Y yo, por un momento, y sin tratar de hacer competencia a los dos poetas del *Panteón del Escorial* y de *Miserere* me sugestiono que las estatuas, obra sublime de Pompeyo Leoni, que se alzan en el presbiterio de la basílica, se animan y se mueven y el calor de la vida discurre por sus bultos de bronce dorado...

Felipe II se pone en pie, arrastrando su manto magnífico, que luce bordadas las armas españolas; y tras él, mudas, nostálgicas, caminan sus tres esposas, las arrodilladas a su lado, por la eternidad; y una de ellas aparece, si no en la historia documental, en la leyenda, como protagonista de un terrible drama propio de los tiempos fabulosos, en que la historia de Fedra inspiraba a los trágicos; y avanza también, macilento y huraño, el otro supuesto héroe del drama, el Príncipe D. Carlos, convertido por dramaturgos y libretistas de ópera en enamorado romántico y en reformador de la humanidad, y peor tratado por la naturaleza, que hizo de él un degenerado y un epiléptico...

Y estas figuras de metal, animadas, como la del Comendador, por el soplo de la fantasía, miran asombradas desarrollarse la comitiva suntuosa de los Juegos: las damas de la Corte de amor, los pajecillos, los músicos, los timbaleros, los estandartes, la guardia amarilla, ruidos, colores, formas, y no comprenden.

¿Qué sucede para tanta bulla? ¿Que un poeta ha rimado unas estrofas?

¡Brava cosa, en verdad!

Si fuese el cortejo una victoria, como las de San Quintín y Lepanto, o siquiera el anuncio de una derrota, ¡la pérdida de la Invencible!..

¡Pero unos juglares!

¡A fe que valía la pena de turbar el eterno sueño de los Emperadores y Reyes!

Y, desdeñosos, vuelven a arrodillarse sobre el mármol de sus tumbas, reanudando la perpetua plegería de su actitud, que no brota de sus labios de metal...

**

Todo esto no quiere decir que yo repruebe la celebración de Juegos Florales en el magno patio del Monasterio.

Mis susceptibilidades de artista que siente la armonía de las piedras con su destino, no son sin duda nada ante la necesidad de adaptarse a los tiempos y a las exigencias de lo real y tangible.

El Escorial, que a mí me gustaría más cuanto más solitario y triste, rodeado sólo de algunas chozas de

adobes, y teniendo en vez de cómodo Hotel una humilde hospedería monástica, hace bien en querer adelantar, atraer viajeros y veraneantes, convertirse en estación de estío, como lo permite su clima fresco, sus tónicos y vigorizadores aires, su sierra salubre, las condiciones que atesora.

La cosa no será muy felipeña, pero es sensata. Hay que ponerse en razón.

Y en cuanto al Certamen, es verdad que ya no despiertan interés por sí solos esta clase de festejos, que se han prodigado excesivamente; con todo eso, les prestan atractivo y les permiten arraigar en las costumbres, los Discursos de los mantenedores, o por mejor decir, los mantenedores mismos, que pronuncian o leen su oración en persona, lo cual satisface el ansia, natural, legítima y loable, de ver de cerca, en localidades donde nunca suelen poner los pies, a las eminencias políticas y literarias.

Tal es la talla del mantenedor, tal el vuelo del Certamen; y en el Escorial, al elegir a Benavente, han andado muy acertados, porque, según queda dicho, la misma discusión que hoy mantiene hace más moderno si cabe, al autor de *Los intereses creados*.

**

Yo, que soy partidaria de Francia en esta contienda, y lo fui siempre, por afecto vivaz a esa nación, debo proclamar que Benavente se cuenta en el número de los que tienen derecho a opinar como les plazca y decir lo que les acomode, sin que nadie por tal motivo les denigre.

Hay en cada país una docena, o docena y media, o pongan ustedes si quieren dos docenas, aunque me parece extenderse mucho, de personas con plenísimo derecho a emitir su parecer.

Lo más modesto a que puede aspirar un hombre eminente, es a la libertad de su criterio.

Se me dirá que todo el mundo está investido de un derecho igual.

Materialmente, sí; moralmente, tal vez no.

El que ni entiende, ni siente, ni sabe, ¿por qué ha de opinar?

Y sin embargo, es lo contrario lo que ocurre: los sobresalientes no pueden abrir la boca sin que se les echen encima.

Los del montón, digan lo que digan, es como si cantase el carro; nadie los impugna.

Por esto picaban la curiosidad las «declaraciones» de Benavente en el Escorial.

¿Afirmaría la evolución de sus ideas? ¿Sería un nuevo paso en el camino que *El collar de estrellas* inició?

Lo ha sido en efecto.

El discurso, por mejor decir su sentido, no difiere mucho de lo que un Vázquez Mella pudiese afirmar.

Benavente canta un himno a la religión, hace la profesión de fe más espiritualista, entona una cantata a la patria, y, en suma, se ratifica en cuanto parecían indicar sus últimas manifestaciones.

**

¿Qué consecuencias traerá tal cambio, para la dramaturgia del célebre escritor?

¿Va a seguir, en las tablas, la ruta de *El collar de estrellas*?

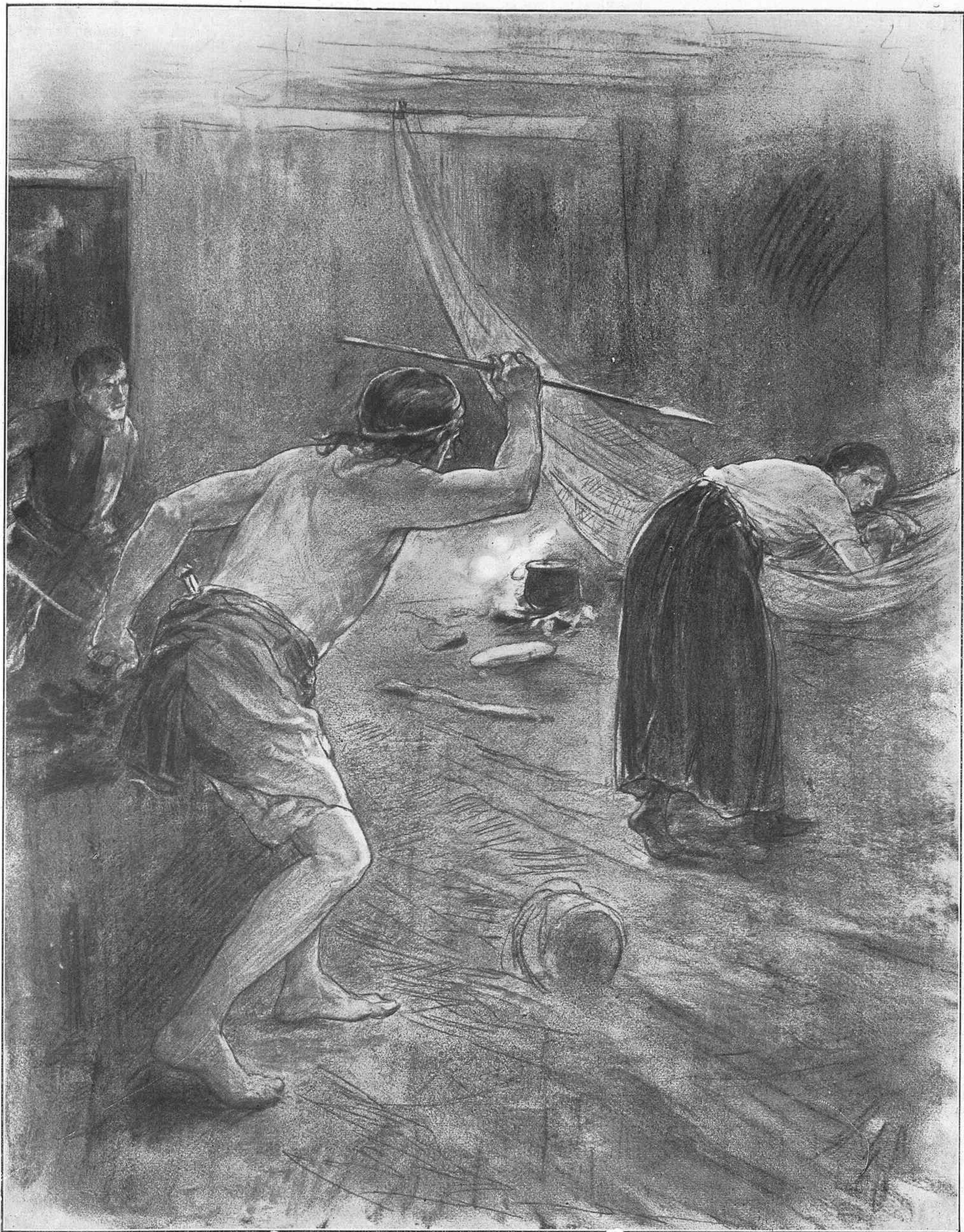
Por mi parte, y mirando sólo a lo artístico, confieso que preferiría que su Musa, con independencia de las cuestiones históricas y políticas presentes, se moviese con libertad hacia uno y otro lado, y ya recogiese, en el fondo popular, los vigorosos brotes de la tragedia antigua, como en *La malquerida*, ya cultivase la sátira amarga y pesimista, bajo apariencias de alegría italiana, de *Los intereses*, ya excursionase al través de las costumbres y los vicios contemporáneos, y diese hermanos numerosos a tantas comedias encantadoras, ya navegase en los mares de fondo de la psicología, como en *La noche del sábado*, ya ahondase en la convención social como en *La Princesa Bebé*...

Y yo espero que así será.

Lo más digno de atención, en los escritores de altura, son ellos mismos, su labor, su esfuerzo por añadir una página a los anales de la belleza y del conocimiento de ese eterno desconocido que se llama el corazón humano.

Y respetando mucho todos los dictámenes de Benavente en el horrible pleito europeo, no les concedo sino valor secundario, al lado de lo que nos reservan este año, como fruto de su fecunda pluma, los escenarios de Madrid.

QUINTRIQUEO, POR EMILIO LILLO FIGUEROA + (chileno), dibujo de Mas y Fondevila



Bianca en la diestra una pequeña lanza y llevaba un laque enrollado en la cintura

I

Favorecido por la obscuridad de la noche, en silencio se deslizaba por la playa de Curaquilla un grupo de jinetes. Avanzaba lentamente al paso de las cabalgaduras, con cierta indecisión, deteniéndose a veces un momento, para seguir con cautela la marcha pegándose a la costa.

De pronto el grupo se detuvo. A su frente se elevaba un cerro, cuya masa oscura se destacaba en el cielo como un inmenso muro que cortaba el camino de la playa. Algunas luces apenas perceptibles brillaban en la cumbre. Eran del fuerte Colo-

Colo, nueva fortaleza española que dominaba la extensa bahía de Arauco.

Reinaba el silencio en el fortificado recinto, y sus alrededores permanecían tan callados y solitarios, que no se oía el más leve rumor desde la playa. Un alerta triste y prolongado rasgó de repente los aires allá en la altura, al que respondió otro más lejano. Los jinetes se arremolinaron un momento; pero luego quedaron allí inmóviles, como misteriosos centinelas de aquella soledad, en medio del oleaje de la marea que subía, salpicados por la espuma, rígidos y mudos.

Uno de los jinetes habló en voz baja con los de-

más y apartándose del grupo echó pie a tierra. Dos de sus compañeros quisieron imitarlo; pero aquel los contuvo con un movimiento de cólera y volviéndoles la espalda, con paso sigiloso se dirigió hacia el fuerte, desapareciendo luego en la obscuridad.

Un sordo murmullo partió del grupo; pero tan sólo duró un segundo, quedando todo tan callado en la desierta playa, que no se oía más ruido que la incesante queja del mar.

En una casucha junto al muro interior del recinto velaba a esas horas una mujer. Era muy joven, tendría a lo más dieciocho a veinte años de edad, de cabellos negros y espesos, ojos grandes y regula-

res facciones. Todo el conjunto de su persona dejaba adivinar que por sus venas corría pura sangre araucana.

No llevaba el traje de su raza, sino que estaba vestida con un amplio camisón y una falda corta que daban mayor realce a sus formas y mayor soltura a sus movimientos.

Iba y venía en la habitación. Tan pronto avivaba el fuego del hogar en el cual hervía a todo vapor una tosca olla de barro, como iba a mecer suavemente una pequeña hamaca colgada de una de las vigas del techo.

De repente se quedó suspensa, con el oído atento a un pequeño ruido que venía del exterior, un ruido tan tenue y ligero que habría sido imperceptible para cualquier oído menos ejercitado que el suyo.

Intranquila se dirigió a la ventana. Afuera reinaba una obscuridad profunda y sus ojos escudriñaron en vano las tinieblas.

El ruido que había llamado su atención se hizo más sensible. Parecía que algo se iba arrastrando por el suelo junto a la pared.

Llena de inquietud se acercó a la cuna; pero en ese momento un hombre saltó en la habitación por la ventana.

Una súbita llamarada que reanimó los tizones casi extinguidos vino a iluminar la figura de aquel extraño visitante.

La joven se quedó como petrificada.

Ante ella se alzaba un indio fuerte y musculoso, de rostro ceñudo y fiero. Blandía en la diestra una pequeña lanza y llevaba un laque enrollado en la cintura.

El pelo le caía por la frente en largos cadejos por entre los cuales brillaban sus ojos como dos carbones encendidos.

— Vengo a buscarte, le dijo con voz reconcentrada. ¡Ha sido preciso que venga a este sitio maldito a recordarte dónde has nacido! Dime, si no pudiste huir, ¿cómo es que vives? ¿Acaso has olvidado cuál es la sangre que corre por tus venas?

Y dando un paso hacia la joven con ademán siniestro:

— ¡Qué ven mis ojos!, exclamó al reparar en el traje que llevaba, y alzando airado el brazo iba a descargarlo sobre ella, cuando un lloro penetrante salió de la hamaca.

El indio lanzó un aullido y saltó frenético blandiendo su arma; pero la madre, rápida como una saeta, cubrió la cuna con su cuerpo.

En ese instante la puerta se abrió y un soldado apareció en el umbral.

— ¡Juan!, gritó la joven, y la voz se le ahogó en la garganta.

Con prodigiosa agilidad había caído el indio sobre él dándole en medio del pecho una lanzada. La lanza resbaló en la armadura y fué a romperse en astillas en la pared. El soldado bamboleó con la fuerza del golpe, y antes de que el indio hiciera uso del arma que llevaba en la cintura, le dió un puñetazo en el rostro que lo hizo retroceder desatentado.

Pero el indio se repuso al instante y con la cabeza se lanzó sobre su adversario, y ambos rodaron por el suelo estrechamente abrazados.

Durante algunos segundos no se oyó en la pieza sino la respiración anhelante de los combatientes.

El soldado, aunque de apariencia débil, tenía un vigor extraordinario; pero el peso de la armadura le impedía utilizar todas sus fuerzas, de modo que su enemigo consiguió sujetarlo poniéndole una rodilla en el pecho, y cuando ya alzaba el brazo con el laque, la joven se lanzó afuera dando gritos de socorro.

El indio vaciló un momento, lo que aprovechó el soldado para echarlo a rodar de una violenta sacudida.

La guarnición del fuerte, alarmada con el ruido, se puso sobre las armas y se oyeron en los patios toques de cornetas y carreras.

Viendo el indio perdida la partida al sentir que llegaban los soldados en tropel atraídos por los gritos de la joven, ganó de un salto la ventana, arrojando la mortífera arma contra la cuna.

Erró el golpe y el arma fué a chocar tan reciamente en la puerta, que los maderos volaron en pedazos, y lanzando una imprecación desapareció en la obscuridad.

En vano se le buscó por todas partes y los soldados rastrearon todos los rincones sin encontrar ninguna huella.

Los que subieron hasta lo alto de los muros creyeron oír por el lado del mar un rumor confuso que a intervalos traía el viento, semejante al tropel de muchos caballos que corriesen a escape por la playa.

II

Por Rosa, la joven araucana, se supo que el atrevido asaltante de esa noche era el cacique de Quiapo, el astuto y valiente Quintriqueo.

Esta noticia alarmó a la guarnición. Todos creían que este jefe audaz y sanguinario había perecido en la batalla de la Albarrada de Quiapo, en donde los españoles, después de una porfiada y cruenta lucha, aniquilaron las huestes araucanas. Las tierras de Quintriqueo fueron presas del incendio, y una de sus hijas que estuvo a punto de perecer abrasada por las llamas fué salvada por Juan Zúñiga, un joven soldado vizcaíno.

Por desgracia para los españoles, sus temores no eran infundados.

No habían transcurrido quince días, cuando los araucanos, al mando del cacique de Quiapo, cayeron de improviso sobre el fuerte.

Tan repetidos y vigorosos fueron los asaltos, que los soldados españoles, a pesar de su valor, no pudieron sostenerse y por fin se vieron obligados a abandonar la plaza con tan mala fortuna, que sólo unos pocos lograron ponerse en salvo en la orilla derecha del Carampangue.

Juan Zúñiga, aunque lleno de heridas, se defendía de un grupo de araucanos. Apoyando sus espaldas en la barraca del río, hacía esfuerzos desesperados para proteger a su mujer y a su pequeño que no lo habían abandonado en el combate, y cuando iban a ser bárbaramente ultimados por los indios se interpuso Quintriqueo, derribando con su maza a aquellos que quisieron resistirle.

Los araucanos continuaron la persecución de los españoles hasta el otro lado del río; pero la idea del botín los hizo volver de nuevo sobre el campo.

De orden del cacique amarraron a los prisioneros con salvaje crueldad y los obligaron a marchar entre la turba de guerreros que los empujaban y golpeaban sin piedad.

A Juan Zúñiga le habían arrancado en pedazos la armadura y sus heridas abiertas iban dejando tras de sí un reguero sangriento.

El niño, atado a la espalda de la madre, lloraba sin cesar, sin que ella en su desesperación pudiese siquiera librarlo de los tormentos del sol que despedía llamaradas en las tierras polvorientas que atravesaban.

Esta marcha espantosa a través de los campos, subiendo y bajando cerros talados por el incendio, vino a terminar sólo a entradas de la noche cerca del Tubul, a orillas del mar, en una extensa explanada.

Los indios se detuvieron en aquel sitio y formaron un gran semicírculo, en medio del cual dejaron a los prisioneros.

La explanada terminaba por el lado del mar en un risco de cerca de cien metros de altura, en el fondo del cual rugían las olas del golfo.

Quintriqueo atravesó las apretadas filas de guerreros y avanzó lentamente, irguiendo su gigantesca talla, y se detuvo bajo un árbol solitario en medio de la loma. Llevaba en una mano la lanza y en la otra la espada del soldado, la que arrojó al suelo con desprecio.

Y con voz clara y vibrante empezó una arenga fogosa y enérgica. Explicó a los guerreros que lo escuchaban en silencio los motivos que tuvo para impedir la muerte de los prisioneros en el campo de batalla y concluyó asegurándoles que el castigo que les aguardaba sería tan terrible como su crimen.

Los indios prorrumpieron en ruidosas aclamaciones, golpeando el suelo con los pies y con las astas de sus lanzas.

Luego varias hogueras iluminaron el campamento como el día y el cacique, acercándose al soldado, le dijo, mientras lo golpeaba con el pie:

— El incendio de mis tierras, el sacrificio de mis gentes, mis heridas, ¿qué son al lado de las ofensas que me hiciste? Pronto verán mis mocetones si tus carnes son tan duras como el filo de tu espada y si tu corazón es tan grande como tu audacia.

Y volviéndose a su hija, a quien habían quitado ya las ligaduras, pero que dos robustos indios sujetaban de los brazos arrastrándola hacia él, prosiguió airado:

— Y tú, infame, dos veces traidora, que has renegado de tu sangre y has hecho escarnio de la fe de tus mayores, tiembra, que la venganza de Quintriqueo caerá implacable sobre ti. Vuélvete y mira si la punta de mi lanza resbala ahora en la piel de esta alimaña.

Y el cacique dió a Zúñiga un maligno golpe. El soldado lanzó un gemido y quedó inmóvil como muerto.

Y dirigiéndose nuevamente a Rosa que forcejeaba por acercarse a su hijo, que lanzaba sólo un vagido débil y ronco tendido a los pies del cacique, le dijo:

— Ves ese cachorro, ese maldito engendro, testigo viviente de tu crimen y de la vergüenza de esta tierra. Mira cómo hago yo justicia y vengo las ofensas a mi raza.

Y al decir estas palabras agarró violentamente al niño por los pies y le estrelló la cabeza contra el árbol, y volteando con rapidez el brazo, arrojó la criatura lejos de sí, exclamando:

— ¡Anda, que tu contacto mancha la tierra araucana!

El cuerpo del niño describió una gran curva en el aire y con las piernas y los bracitos abiertos desapareció en la cortadura.

Una sorda exclamación resonó en la concurrencia; pero luego estallaron grandes gritos de júbilo.

Rosa, cuando vió que el cacique se apoderaba del niño, lanzó un grito tan terrible y tan salvaje, que repercutió largo rato en las quebradas vecinas. Su cuerpo daba violentas sacudidas haciendo bambolear a los que la sujetaban, y en su impotencia por desasirse, rugía como una leona herida. Su dolor de madre exacerbado hasta el paroxismo centuplicó sus fuerzas y de un espantoso sacudón derribó a los dos guerreros, e irguiéndose frenética, las muñecas chorreando sangre, y antes de que nadie tratase de impedirlo, le arrebató a un mocetón la lanza y echándose hacia atrás, con la velocidad del rayo le astesó al cacique tan feroz lanzada, que lo dejó clavado en el tronco del árbol.

Fué tan recio el golpe, que la lanza se rompió y uno de sus pedazos quedó vibrando en el pecho de Quintriqueo, el cual inclinó la cabeza sin lanzar un grito, mientras la sangre le salía a borbotones por la boca.

Después el indio cayó de bruces, haciendo estremecer la loma con el peso de su cuerpo.

Un silencio de muerte reinó en la asamblea y Rosa giró varias veces sobre sí misma, con los ojos extremadamente abiertos, los brazos en alto, como si quisiese agarrar algo que cayese en el aire, y después, lanzando un grito agudo, emprendió una veloz carrera a través de la explanada.

Los indios retrocedieron ante ella y le abrieron paso con cierto temor supersticioso.

El soldado había vuelto en sí en ese momento y alcanzó a darse cuenta de la escena.

La lanza había roto la cuerda que sujetaba uno de sus brazos, haciéndole sólo una herida pequeña, pero sangrienta.

En medio de la confusión se arrastró penosamente hasta el pie del árbol y con un movimiento convulsivo agarró el acero.

Las ligaduras desaparecían en sus músculos hinchados; pero sin vacilar hundiéndose rabiosamente en las carnes la punta de la espada.

Saltaron las cuerdas; pero habían dejado huellas tan sangrientas en sus miembros, que al querer incorporarse rodó por el suelo rugiendo de dolor.

Dos o tres veces cayó para volver a levantarse, hasta que al fin pudo levantarse y antes de que los indios se volvieran contra él, ya Juan Zúñiga caía sobre ellos como un rayo.

De cada golpe derribaba un enemigo con el cráneo hendido o con el pecho abierto de una estocada.

Rojo de sangre, las pupilas centelleantes de coraje, parecía el ángel exterminador cuyo flamígero acero hería sin cesar, sembrando la muerte en torno suyo.

Pero los araucanos, repuestos de la sorpresa que les causara la muerte de su jefe y el ataque repentino del soldado, cargaron sobre él impetuosamente, y luego Juan Zúñiga cayó exánime, el pecho atravesado por veinte lanzas, y en medio de una infernal gritería fué su cuerpo pisoteado y arrastrado por el campo.

Y del heroico soldado no quedó más que una masa informe, llena de polvo y sangre, que los canes hambrientos se disputaron con furiosas dentelladas; mientras que los indios a la luz de las hogueras rodeaban el cadáver del cacique lanzando gritos de rabia y de dolor.

(Publicación autorizada.)





Pintoresco puesto de observación de las avanzadas alemanas en las inmediaciones de una aldea belga próxima a las líneas enemigas



El general Michel, comandante del campo atrincherado de París, presenciando el desfile de los regimientos de la 104.^a división territorial después de haberles entregado las banderas

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. — En toda la extensa línea que va desde Bélgica a los Vosgos no se ha efectuado en esta última semana operación alguna de importancia. Los partes oficiales de los aliados apenas mencionan otra cosa que luchas de artillería, bombardeos, combates con granadas de mano y petardos y explosiones de minas, que en algunos puntos han ocasionado graves daños en las trincheras enemigas. Aparte de esto, sólo dicen que han rechazado los ataques de los alemanes contra Lingenkopf y Barrenkopf, conservando sus posiciones en estos sitios.

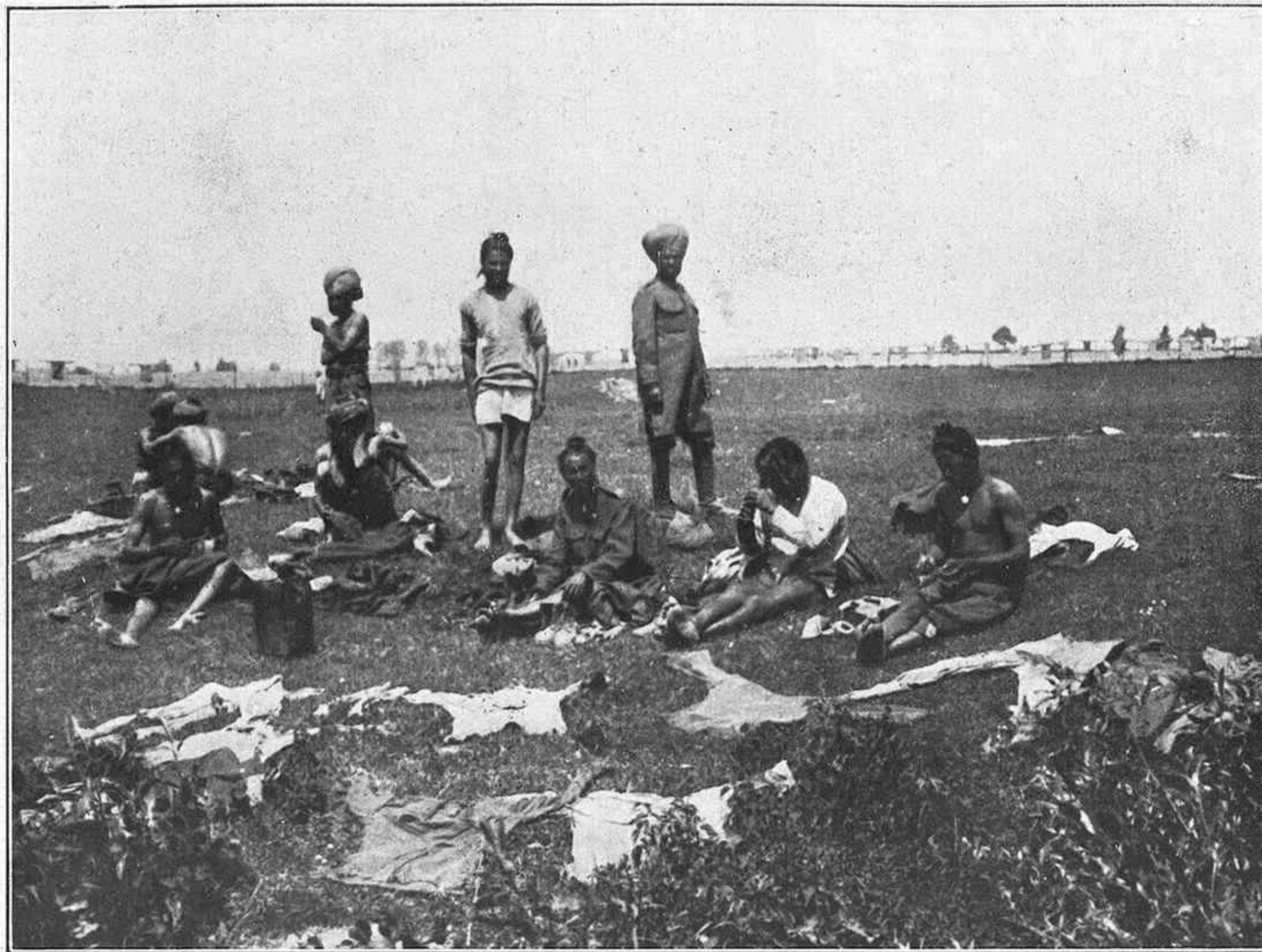
Más lacónicos son todavía los despachos del gran Cuartel general alemán, puesto que se han limitado a decir que han recuperado las trincheras que habían perdido al Norte de Múnster, habiendo quedado otra vez en su poder la línea de Lingenkopf y Barrenkopf.

Teatro de la guerra de Oriente. — Los alemanes han seguido progresando en la forma siguiente: han tomado la cabeza de puente fortificada de Lennewaden, al Noroeste de Friedrichstadt; se han apoderado de la plaza fuerte de Grodno, avanzando en dirección a la línea del ferro-

carril de Grodno a Vilna y ocupando algunas estaciones de la misma; al Este de la mencionada plaza han rechazado a los rusos más allá del paso del Kotra, desalojándolos de las posiciones que ocupaban al Sur de Mscibovo y al Sudoeste de Wolkowysk, y

llegado hasta el río Muchavez y han cruzado el Narew, empujando a los rusos al Norte de Prushany hasta más allá de la región pantanosa; han atravesado esta región por Smolanica, al Nordeste de Prushany; han llegado a la región de Anzopol, a 30 kilómetros de Kobrin; han ganado terreno en Wolynia; han tomado la plaza fuerte de Lutsk, continuando con éxito la persecución iniciada en la región del triángulo de las tres fortalezas Lutsk, Dubno y Rowno, franqueando el Stry, al Norte de la primera, en un ancho frente y apoderándose de Swinjuchi y de otras poblaciones tenazmente defendidas; han entrado en Brody, avanzando al Este sobre la frontera meridional de Rusia; han ocupado, a pesar de una desesperada resistencia, varias alturas al Este del Strypa, obligando a los rusos a retirarse de sus líneas del Dniéster hasta la desembocadura del Sereth; han asaltado las posiciones avanzadas rusas en la orilla occidental de este río; y han rechazado un ataque en la frontera de Besarabia.

Los comunicados oficiales de Petrogrado dicen que los rusos han podido iniciar la ofensiva en algunos puntos cerca de Dvinsk; han seguido avanzando en la orilla derecha del Vilia; han rechazado varios ataques en la región de Frie-



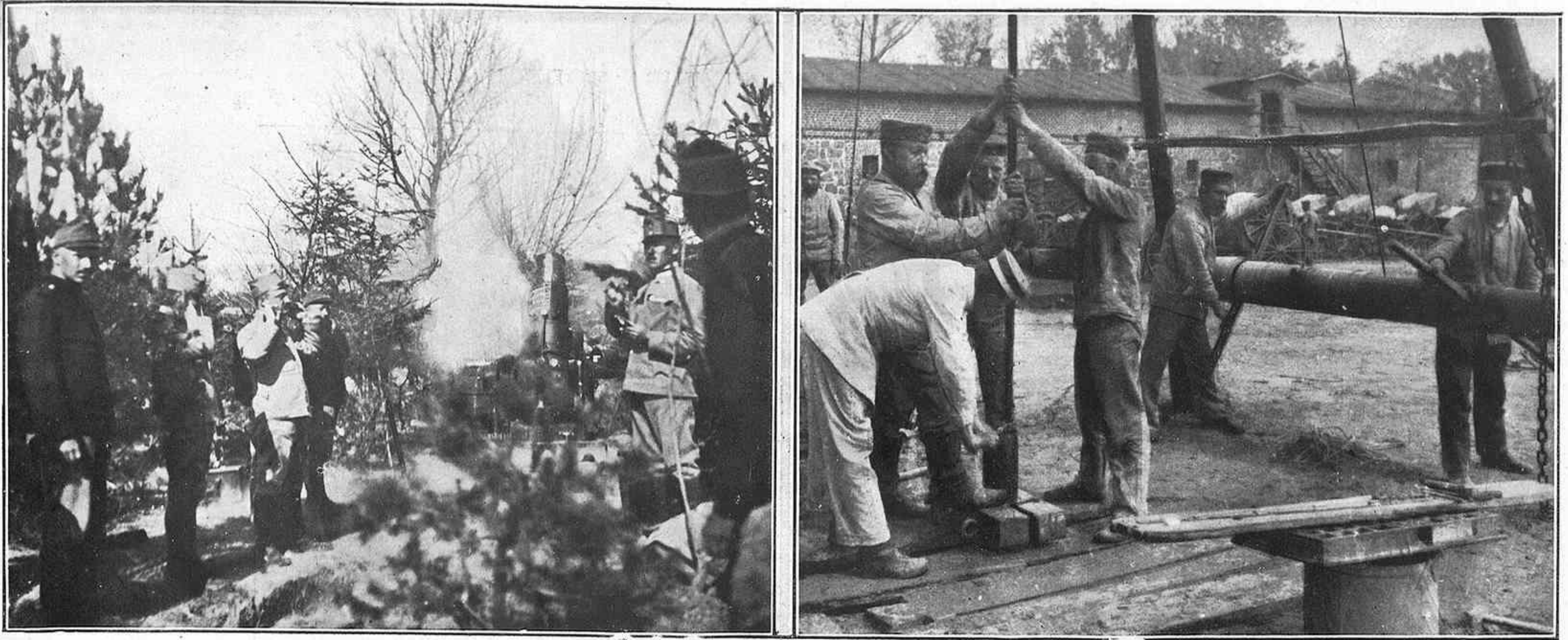
Soldados del famoso regimiento de lanceros de Bengala haciendo su *toilette* antes de marchar a las trincheras. (Fot. Trampus.)

por el Norte de esta última población se han aproximado al Niemen; en Gorodek, han hecho retroceder a los rusos; en su avance hacia Prushany han

ofensiva en algunos puntos cerca de Dvinsk; han seguido avanzando en la orilla derecha del Vilia; han rechazado varios ataques en la región de Frie-



El Rey Alberto I de Bélgica y el Presidente de la República francesa presenciando el desfile de las tropas durante la visita que recientemente hicieron a la línea de batalla. De izquierda a derecha: el Sr. Poincaré, el Rey de Bélgica, el Sr. Millerand, ministro de la Guerra francés, el generalísimo Joffre y el general Dubois. (De fotografía de M. Rol.)



Disparo de uno de los famosos morteros austriacos en Galizia. — Soldados alemanes construyendo un pozo en un pueblo ruso. (De fotografías de Hofer.)

driehstadt; han progresado entre los ríos Swenta y Vilia, tomando algunos pueblos, y en la región de Duksbhty; han pasado el Duna, expulsando a los alemanes de la orilla de éste, pero hubieron de repasarlo poco después; han rechazado ataques en la región de Grodno, en donde contuvieron al enemigo para dar lugar a la evacuación de aquella plaza, conseguido lo cual pasaron a la orilla derecha del Niemen; y en Galizia, sobre el Strypa, han conseguido un éxito importante, obligando al enemigo a retirarse precipitadamente y con grandes pérdidas.

Italianos y austriacos. — Los italianos han tomado algunas posiciones en el monte Maronia; han cañoneado los atrincheramientos del enemigo frente a las posiciones recientemente conquistadas en el monte Noce; han proseguido su marcha por las montañas que se alzan al Norte y al Este del monte Rombón, ocupado casi por completo; han destruido algunos atrincheramientos austriacos en los valles del Adigio y de San Pellegrino; han obligado al enemigo

go a evacuar algunas trincheras en Carintia; han rechazado ataques en el Carso, progresando notablemente en esta zona y ocupando algunos atrincheramientos; y en la planicie de Lavarone, no obstante las abundantes nevadas, la artillería italiana, con su

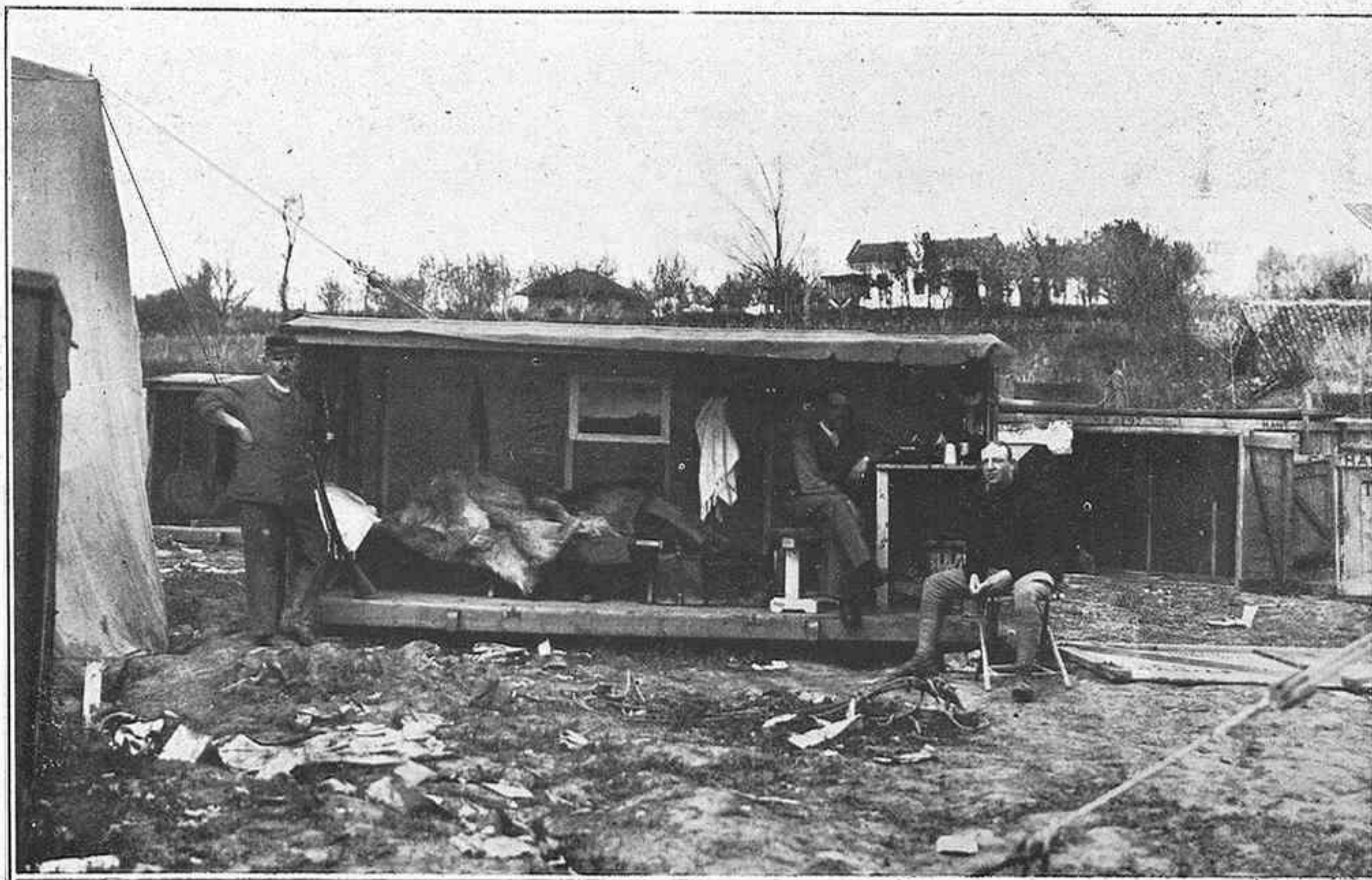
fuego intenso y eficaz, ha impedido a los austriacos llevar a cabo sus trabajos de fortificación.

Los despachos austriacos se limitan a decir que no ha cambiado la situación en todo el frente y que todos los ataques del enemigo han sido rechazados.

En los Dardanelos. — Los aliados dicen que desde fines de agosto reina calma en la zona Sur de la península de Galípoli y que en la zona Norte, después de varios combates bastante violentos, han progresado las tropas británicas, las cuales han tomado, entre otras, una posición táctica importante que domina el valle de Rivuk Anafarta. Los turcos han hablado de una gran victoria por ellos conseguida, pero de este suceso no se han dado detalles oficiales, lo que permite poner en duda aquella noticia.

Un telegrama de Atenas dice que Inglaterra desembarcará muy en breve en Galípoli una expedición de 500.000 hombres con el propósito de prevenir la

tentativa de los alemanes de ayudar a Turquía atravesando Servia.



En Servia. — Vivienda de aviadores en un campo de aviación. (De fotografía de M. Rol.)



París. — Alumnos recién salidos de la Escuela de Saint-Cyr que marchan a la línea de batalla. (De fotografía de M. Rol.)



En los Vosgos. — Transporte de cazadores alpinos en automóviles a las líneas avanzadas (De fotografía de M. Branger.)

ÓBRAS NOTABLES DE LA PINTURA MODERNA



A LA FUENTE, cuadro de Eugenio de Blaas

(Reproducción autorizada por la Unión Fotográfica de Múnich.)



FAUSTO Y MARGARITA, cuadro de Eugenio Klimsch

(Reproducción autorizada por la Unión Fotográfica de Múnich.)

SANTANDER. LA FIESTA DE LA FLOR. - COVADONGA. VISITA DE SS. MM. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

Con gran animación y un tiempo espléndido se ha celebrado en Santander la Fiesta de la Flor a beneficio de los tuberculosos pobres. La banda de la guarnición, la del municipio y la de la Casa de Caridad recorrieron la población, y toda la ciudad afluyó a los puestos de la Flor, que eran en número de 35 servidos por bellas señoritas elegantemente ataviadas, figurando entre ellas la popular *Argentinita* y otras artistas.

A mediodía salió en auto el Rey acompañado de la princesa de Salm-Salm y de los infantes D. Alfonso y D.^a Beatriz, dirigiéndose primeramente al Sardinero y recorriendo luego la población. En otro auto iban la Reina y el Príncipe de Asturias, y en otro carruaje los infantes D. Carlos y D.^a Luisa.

No hay que decir que todas las personas de la Real familia se vieron acosadas por las póstulas y que todas ellas hicieron espléndidos



SS. MM. los Reyes D. Alfonso y D.^a Victoria, con la princesa de Salm-Salm y Sus Altezas los Infantes D. Carlos, D. Alfonso, D.^a Luisa y D.^a Beatriz, han visitado el Santuario de Covadonga, en donde fueron recibidos por las autoridades, los duques de Tarracón y Nájera, los marqueses de Villaviciosa y Valderrey, los condes de Revilla Gigedo y de Paredes de Nava, el senador D. Fermín Canella, D. Ignacio Herrero, D. José Soutillo, D. Luis Parladé y D. Gaspar Cienfuegos, y por el pueblo en masa, que los aclamó con entusiasmo, mientras eran echadas a vuelo las campanas de la basílica y se disparaban morteros, barrenos, bombas y cohetes.

En la basílica, el obispo de Oviedo y el cabildo en pleno esperaban a los Reyes, quienes entraron en el templo bajo palio y asistieron con sus acompañantes a un solemne Te Deum.



Señoritas ofreciendo flores a un carretero



Niñas ofreciendo flores a un explorador

donativos y fueron objeto de entusiastas y cariñosas ovaciones.

La fiesta prosiguió animadísima durante todo el día; por la tarde volvió a salir el Príncipe de Asturias, visitando de nuevo los puestos.

En el campo de polo de la Magdalena jugó un partido de polo que presenciaron con la familia Real muchas señoras y señoritas, varias de las cuales, debidamente autorizadas, postularon obteniendo cuantiosos donativos de los jugadores, que eran el Rey, el Infante D. Alfonso, el duque de Santoña y el señor Santos Suárez, morados, y el marqués de Viana, el marqués de Villavieja, el conde del Rincón y el conde de Maza, blancos.

Calculábase que lo recaudado en la Fiesta de la Flor ascendió a unas 22.000 pesetas, cantidad que, con los donativos ofrecidos por los bancos y empresas mercantiles, aumentó hasta 30.000. Puede afirmarse que todo el pueblo de Santander, desde las clases más aristocráticas y pudientes hasta las más modestas, contribuyó con su óbolo a la obra benéfica, pues las postulantes lo mismo asediaban al personaje linajudo y al opulento prócer que al humilde obrero, viéndose por todos simpáticamente acogidas y obteniendo de todos limosnas más o menos cuantiosas.



La Reina Victoria y el Príncipe de Asturias recorriendo los puestos de venta de flores. La *Argentinita* prendiendo una flor en el traje de la Reina Colocando la flor en la muñeca de una niña

A la salida, la muchedumbre aclamó nuevamente a los Soberanos, quienes, desde el mirador que rodea a la basílica, contemplaron el magnífico panorama que desde allí se descubre. La Reina sobre todo se mostró encantada y ofreció llevar en breve a Covadonga a sus hijos para que conociesen tan hermoso país.

Seguidamente el Rey fué saludado por una comisión de la Diputación provincial, formada por el presidente D. Agustín Argüelles, el vicepresidente Sr. Trapiello y los diputados Sres. Abrego, Argüelles, Saro, Somines y Ochoa, y luego se dirigieron SS. MM. y AA. a la gruta, en donde oraron largo rato ante la imagen de la Virgen, visitando después el sepulcro de Don Pelayo y contemplando el nacimiento del río Auseva.

Ya anochecido, se trasladaron las Reales personas al Hotel Pelayo, sentando a su mesa al gobernador de Oviedo, a los distinguidos aristócratas que las habían acompañado en su visita, a los diputados provinciales y a otras significadas personas.

Terminada la comida organizóse delante del hotel un baile popular; varias parejas danzaron al estilo del país y una señorita cantó algunas canciones asturianas.



Covadonga. Llegada de SS. MM. - SS. MM. en la gruta de la Virgen

MI TIO FLORENCIO

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR ANDRÉS THEURIET. - ILUSTRADA POR E. BOUARD. (CONTINUACIÓN)

- ¡A la mesa!, exclama el tío; ¡la cena está en la mesa!

Y Dionisia tiene apenas tiempo de retirar sus dedos de la mano de su compañero, mientras el coro de guías y criadas continúa:

*Baixa bous, mountagnos,
Leva te, valloun,
Porque posqui beyre
Mes amous oum soun...*

(Bajaos, montañas; élévate, valle, para que pueda yo ver dónde están mis amores...)



dirige sus gemelos a las principales cumbres

XV

Son las tres de la madrugada.

La hostería de la Hourque dormita quietamente bajo el cielo estrellado.

En el cuarto reservado a los turistas varones, Florencio Garaudel, tendido en su catre, duerme profundamente, y en su boca entreabierta parece florecer un sueño feliz.

Miguel Silmont y Ternat, cuyo sueño es más ligero, se despiertan los primeros al llamamiento del guía que grita desde la puerta:

- Señores, si quieren ustedes llegar a la cumbre para la salida del sol, es hora de partir.

Se enciende una vela, se sacude al tío Florencio que se restrega los ojos refunfuñando.

Una ablución de agua fría le devuelve su aplomo y se arma de su bastón de montaña.

Miguel le designa al muchacho Antón acurrucado en un sillón de cuero.

- Podríamos pagar a este niño y enviarlo a Barages, pues en adelante no nos será de ninguna utilidad.

- Nos ha sido inútil hasta ahora, dice Florencio... En fin, lo prometido es deuda. Dale sus diez francos, pero ni un céntimo más... No me gusta que me engañen.

Miguel despierta suavemente a Antón, le pone diez francos en la mano, explicándole que su tarea ha terminado, y, movido a generosidad por la cara avispada y simpática del rapazuelo, le da por su cuenta cinco francos de propina.

Con los ojos aun medio cerrados, Antón se mete el dinero en el bolsillo de su chaqueta y continúa indolentemente su sueño de pájaro.

Mientras tanto, el guía de Ternat ha traído las cabalgaduras.

Cuando el tío y el sobrino salen del cuarto, encuentran ya a Sol, al pintor y a la señorita Suzor a caballo.

Empiezan a subir las vueltas a paso corto, mientras la noche violada se va aclarando poco a poco.

Miguel había esperado subir en compañía de Dionisia; pero aunque el camino es demasiado estrecho para que se pueda marchar por él de a dos en fondo, Florencio se obstina en interponerse a fin de impedir toda conversación íntima.

Miguel se ve reducido a contemplar a distancia la grupa del caballo de su amiga y a sufrir las recriminaciones de Garaudel, que no puede digerir la mala pasada de Pedro Forcamidán.

Al cabo de una hora, llegan a la pequeña garganta del Laquet donde los jinetes dejan sus cabalgaduras y todos trepan a pie la empinada vereda que conduce a la estrecha plataforma final (1).

(1) En la época que pasa la acción de esta novela, aun no había observatorio en la cumbre del Pico de Bigorra.

El sol aun no ha salido; entre los dos extremos de la cordillera, en el fondo de la vasta llanura que ondula hacia el Este, una faja roja borda el cielo, mientras que, por la parte de la vertiente española, las montañas se tiñen de un adorable color azul intenso.

Los colores de las cimas permanecen suavemente aterciopeladas, pero ya se acusan con bastante claridad para poder distinguir los picos nevados de la Maladetta, del Marboré y del Vignemale.

De pronto parte del purpurado Oriente un primer rayo que viene a dar con su rosada flecha en la plataforma del Pico; y en seguida, de un salto, la enorme esfera de oro se lanza fuera del horizonte.

Entonces todo se ilumina gloriosamente.

Los glaciares centellean en la claridad. La gran sombra geométrica del Pico de Bigorra se prolonga hacia Occidente y, demasiado gigante para que la tierra pueda bastarle, después de haber proyectado su silueta sobre montañas y llanuras, va a terminar sobre el mismo azul del cielo, en que dibuja un cono de un azul más oscuro.

Desde las agujas gemelas de la Forcanade hasta los bastiones arruinados del Pico de Ossau, la cordillera entera aparece en una luz de plata.

La vista maravillada se cierne sobre las peladas crestas de los Montes Malditos, sobre los glaciares de las montañas españolas, sobre el Mont-Perdu y las nieves del Marboré.

Después de las radiosas perspectivas de la montaña, vienen las magnificencias del llano: de Este a Oeste una suave y blonda atmósfera envuelve un vasto panorama de terrenos accidentados, de variados tonos, cubiertos de praderas, bosques, corrientes de agua, pueblos y aldeas, cuya vaporosa ondulación se desarrolla hasta el infinito.

Encima de la altiva dentelladura de las montañas y de la inmensidad de las llanuras, se redondea un cielo azul inmaculado y reina un solemne silencio.

A esta altura, los ruidos humanos callan y las últimas huellas de la vegetación expiran; apenas aparecen aún, acá y acullá, algunas matas de dagnes y rododendros.

Se ve en lontananza el brillo plateado de los torrentes que bajan hacia los valles, pero ya no se oyen sus rumores.

De vez en cuando, se oye todavía el grito de algún ave; allá, sobre las crestas pequeñas, se cierne un águila en vuelo circular, y eso es todo.

La naturaleza se absorbe en un misterioso recogimiento.

La majestad de este imponente espectáculo y de este gran silencio obra sobre el grupo de los cinco ascensionistas.

Todos callan. Ternat y Sol dibujan el original perfil de los muros del Marboré.

El tío Florencio, que ha madrugado demasiado y no soporta el estar en ayunas, come a escondidas una pastilla de chocolate.

Dionisia está sentada aparte, apoyada de espaldas en una pequeña pirámide de piedras secas, y permanece deslumbrada, con la boca entreabierta y los ojos brillantes de entusiasmo.

Echado boca abajo en el suelo, Miguel mira las lánguidas pupilas negras de la joven, que parecen reflejar la intensa poesía del luminoso paisaje.

Pero la paz es muy pronto turbada. En el pedregoso sendero resuenan pasos y voces,

y varios turistas hacen irrupción sobre la estrecha meseta.

Viene delante una señora inglesa de mediana edad, apoyada en el brazo de la campesina que le sirve de guía.

Feamente vestida, con ese desdén de la elegancia que caracteriza a la raza británica de viaje, llega sofocada.

Apenas ha recobrado aliento cuando dirige sus gemelos a las principales cumbres; se las hace nombrar y murmura entre dientes:

- Very interesting, charming scenery.

Mete luego sus gemelos en el estuche, y agarrándose al hombro de su compañera, vuelve a bajar flemáticamente hacia la Hourque, sin demostrar la menor emoción, únicamente satisfecha de haber ejecutado concienzudamente una parte de su programa.

Después de ella emergen cuatro jóvenes de los que entonces se llamaban gomosos.

Hablan en voz alta, tienen buen aspecto, parecen pertenecer a la mejor sociedad, son de una perfecta corrección y de una perfecta insignificancia.

Su única preocupación consiste en reconocer, desde la plataforma, la ciudad de Pau, donde almorzaron y Bagnères, donde comieron la víspera.

Los siguen otros excursionistas, igualmente bulliciosos, pero más vulgares.

Esta invasión de filisteos ha destruido el encanto. Florencio, que hasta entonces ha permanecido taciturno, juzga que ha llegado el momento de lucirse haciendo reflexiones incongruentes.

Sol y Ternat, influidos por el contagio de la necesidad humana, tratan de hacer tomar determinadas actitudes a los recién llegados para tomar apuntes, permitiéndose bromas pesadas, de las que suelen gastarse en los estudios de los pintores.

Mientras tanto, el sol sube e inunda de cálidos y rojizos vapores la inmensidad de las llanuras.

El panorama se cubre de bruma, el calor aumenta y hace inaguantable la estrecha cima desprovista de sombra.

- ¿No le parece a usted que ya podríamos bajar?, insinúa Miguel a Dionisia.

Cuenta desquitarse, a la vuelta, de las decepciones de la madrugada; pero ve su esperanza frustrada otra vez.

Florencio se empeña en desbaratar las combinaciones de su sobrino y no le deja a sol ni a sombra.

Dos motivos impulsan al exdroguero a desempeñar este papel de mentor y agua-fiestas: primeramente está furioso porque la casualidad ha hecho que Miguel volviese a encontrarse con Dionisia, mientras que él, Florencio Garaudel, se ve reducido a esperar indefinidamente el paso problemático de Herminia; en segundo lugar se siente humillado por el fracaso de sus



... después de haberse asegurado de que su compañera duerme

maquiavélicas precauciones; por esto ha jurado impedir todo contacto entre los dos enamorados.

La bajada se efectúa penosamente bajo un sol de fuego, por senderos en que las piedras puntiagudas

ruedan bajo los pies lastimados de los peatones. Llegan los cinco a la Hourque, achicharrados y sedientos.

En esta hostería encumbrada, donde los viajeros raramente almuerzan, las provisiones no abundan. Por esta razón el almuerzo es más que frugal: unos pollos éticos salteados componen todo el *menú*.

Se hace durar todo lo posible este refrigerio, a fin de que la tarde parezca menos larga.

En el exterior, el aire que ma y el zumbido de las moscas aumenta todavía la sensación de un calor tórrido.

Sin embargo, después de haber tomado un café detestable, Ternat declara que va a buscar en las rocas un rincón de sombra donde poder tomar algunos croquis.

Sol, a su vez, anuncia que se va a descansar en el cuarto reservado a las mujeres, y Dionisia la sigue.

Miguel Silmont, con el pretexto de fumar un cigarro, se ha levantado ya para esquivarse, pero el implacable Florencio lo retiene interceptando el paso en la puerta.

— ¡Alto!, exclama. Mucha prisa llevas. Fuma aquí, yo te autorizo... Te necesito para repasar mis cuentas.

Al cabo de media hora, después de haberse asegurado de que su compañera duerme profundamente, Sol se levanta, arrolla su abrigo en unas correas con puño, coge su bastón alpino y sale de puntillas.

Una vez fuera, se reúne con Ternat bajo la roca en que se ha refugiado y en que dibuja maquinalmente los vagos perfiles de la montaña.

— Todos duermen como troncos, murmura, y opino que debemos aprovechar la ocasión.

El pintor se mete la cartera de apuntes en el bolsillo, levanta la cabeza y contempla un momento las bellas líneas, firmes y definidas del rostro de la joven.

— ¿De modo que está usted bien resuelta a arrostrear los peligros de la aventura?, le dice con la voz más cariñosa... ¿No se arrepentirá usted algún día de haber seguido la mediocre fortuna de un artista sin más recursos que su talento?

Sol contempla un momento las resquebrajaduras de las montañas rayadas de sombra y luz, y fijando luego audazmente sus grandes ojos azules en la móvil mirada de Silvano Ternat, le pregunta:

— ¿Me ama usted?

— Apasionadamente, contesta el pintor.

— Entonces, cuando se ama, se tiene confianza.

Iré donde usted vaya. Además, la fuga es para nosotros el único medio de llegar al desenlace... Mi padre es un burgués. Respingaría seguramente si le pidiésemos en debida forma el permiso de casarnos. Así es que no tenemos más remedio que saltar por encima de las conveniencias y ganar la frontera. Una vez en San Sebastián, le pondremos entre la espada y la pared y, como ante todo teme el escándalo, nos enviará su consentimiento a vuelta de correo. *All is well that ends well*, como dice el divino Shakespeare.

Antes de fin de mes, se publicarán nuestras amonestaciones en Burdeos.

— ¡Es usted una valerosa y adorable muchacha!, exclama tiernamente Ternat. Entonces, fuera vaci-

docena de pollos descarnados, he vuelto la espalda a la hostería y aquí me tiene usted... Ya tenemos pues el camino expedito, amada mía...

— No cantemos victoria aún, contesta Sol... Entre la copa y los labios hay gran distancia. Temo que de aquí a Bareges encontraremos a alguien que nos estorbe.

En este mundo, basta a menudo evocar una eventualidad desagradable para que la casualidad se complazca en convertirla en realidad.

En el momento en que los dos fugitivos dan la vuelta al lago de Oncet y llegan a la primera cabaña, Sol coge a Ternat por el brazo y le indica en el fondo del valle una pareja de turistas que cabalgan hacia la Hourque, precedidos de un guía también a caballo.

— ¡Atención!, murmura ella, aquí vienen precisamente dos viajeros que van a cruzarse con nosotros. Seamos prudentes y ocultémonos.

Arrastra a Ternat y se meten vivamente en la cabaña de pastor, afortunadamente vacía, cuya puerta se halla entreabierta, a dos pacos del camino.

Allí, acurrucados en la sombra, espían por los intersticios del muro de tablas la aparición de los excursionistas.

El trote de los caballos resuena ya más distintamente sobre la tierra seca. Pasa el guía y momentos después aparecen los dos jinetes al extremo del sendero pedregoso.

Sol se estremece y estrecha nerviosamente la mano de su compañero.

— ¡Poca suerte!, murmura; es papá...

— ¿El Sr. Egrefeuil?

— ¡Sí, con una señora... bastante joven y bonita, a fe!

— ¿A qué diantre vendrán al Pico?

— ¡Misterio!, dice la muchacha encogiéndose de hombros... ¡Psit!, ya están aquí... No nos movamos.

Los dos jinetes se hallan a veinte pasos. Su conversación parece muy animada y las voces resuenan claramente en el silencio del valle.

A medida que suben, trotan más despacio, y, desde el fondo de su escondrijo, los jóvenes cogen al vuelo fragmentos de la conversación:

— Mi querida Herminia, declara galantemente el honrado Sr. Egrefeuil, es usted la más seductora de las mujeres y siento una profunda pena al pensar que va a ser preciso separarnos.

— Es sabido, replica la señora de Val-Clavín, con cierta ironía, que no es usted avaro de palabras doradas... La verdad es que, con pena o sin ella, usted me abandona, ingrato.

— ¡Ay!, encantadora amiga, yo quisiera seguir a usted hasta el fin del mundo... Pero me hallo sujeto por toda suerte de cadenas... Los negocios, el deber, la familia...

— Sí, se halla usted atado... En fin, las personas se juntan, se separan... Esta es la vida... y tan amigos como antes.

Los caballos se alejan, las voces se apagan. La pareja desaparece en un recodo.

Sol asoma la cabeza fuera de la puerta y ve que ha pasado el peligro.

— Larguémonos pronto... Confiese usted que la aventura es graciosa... Aun no estoy repuesta de la emoción... Después de todo, me alegro de haber sorprendido a papá de conquista... Esto nos da fuerza contra él y tendrá que oírme si se atreve a negarnos su bendición.

La joven pareja baja vivamente hacia las Cabañas y desaparece a su vez, perdida entre los vapores que se elevan en el fondo de la pradera.

Arriba, en la garganta de la Hourque, la hostería sigue sumida en la modorra de la tarde.

Los enjambres de moscas continúan allí su soporífero zumbido.

Tío y sobrino han terminado su arreglo de cuentas, pero Florencio se esfuerza en retener a Miguel a su lado, sosteniendo una conversación entrecortada de bostezos.

Garaudel lucha visiblemente contra un sueño invasor.

Sin embargo, por opresivas que sean sus ganas de dormir, las combate con un gesto de energía y se pellizca para mantenerse despierto.

Teme que si se entrega a las dulzuras de una siesta, se le escape la hora en que la señora de Val-Clavín, según anunció el Sr. Egrefeuil, debe detenerse en la hospedería.

Pero cuando se tiene, como Florencio, un temperamento sanguíneo, llega un momento en que la carne domina al espíritu y la bestia toma su desquite.

En vano se sacude el exdroguista; sus parpados se entornan, sus ideas se enturbian y su palabra se entorpece. Su cabeza se dobla hacia atrás sobre el res-



Los caballos se alejan, las voces se apagan

Las criadas han desembarazado la mesa y se han vuelto a la cocina, donde se las oye charlar mientras lavan los platos.

— Me gusta que todo esté en orden, continúa el tío, sacando del bolsillo un *carpet* y cuentas de hotel; dime lo que has anticipado por la comunidad, y arreglemos cuentas.

Miguel está dispuesto a mandar al diablo su tío y sus cuentas, pero teme despertar las sospechas de Garaudel y que éste no se separe un momento de él durante el resto del día.

Espera que un imperioso sueño no tardará en librarlo de su importuna vigilancia.

Se resigna pues a alinear cifras, mientras continúa infatigablemente el zumbido de las moscas.

En el dormitorio de mujeres, Sol se ha tendido sobre un colchón al lado de la señorita Suzor, y finge dormirse.

Pero tiene razones demasiado serias para no abandonarse al sueño, y se siente despierta como una ardilla.

Dionisia, por el contrario, procura resistir a la fatiga. Desde su salida de Luz, las maniobras del pintor y de la señorita Egrefeuil le parecen sospechosas. Teme que cometan alguna locura y se ha prometido no perderlos de vista.

Desgraciadamente, a su edad, cuando se ha levantado una a las tres de la madrugada y ha pasado la mañana marchando en pleno sol, el sueño es más fuerte que la voluntad.

A pesar de sus prudentes resoluciones, Dionisia cede poco a poco al sueño; siente una gran pesadez de cabeza, sus ojos se cierran y se queda adorme-

laciones y bajemos a Bareges... Lo único que siento es que, a los ojos del personal de la hostería, pareceremos bohemios que se largan sin pagar su cuenta. ¿No sería más correcto mandar ensillar nuestros caballos y pagar el gasto?

— No. Evitemos los retrasos y las complicaciones. Además, añade Sol riéndose, ¿no les dejamos en garantía a la señorita Suzor? Responderá de nosotros, y pagará si es preciso. Limitémonos a prevenir a la patrona, diciéndole que volvemos a subir a la cúspide para ver la puesta del sol. Mientras tanto yo me esquivaré en dirección del lago de Oncet. Le esperaré a usted en el primer recodo y bajaremos a paso ligero hacia Barèges. ¿Está usted seguro de que encontraremos allí nuestros equipajes y un landó?

— Perfectamente seguro. El coche, con buenos caballos, nos conducirá esta noche a Pierrefitte donde tomaremos el primer tren para Bayona, y mañana por la noche estaremos en San Sebastián.

— *All right!* Dése usted prisa en contar la pequeña historia a la hostelera y en venir a buscarme debajo del primer recodo.

Rápidamente, Sol echa a andar a lo largo de las rocas y llega al sendero que conduce a las Cabañas de Toue...

Al cabo de diez minutos de espera, oye el paso precipitado de Ternat.

— ¿Y bien?, le pregunta.

— Para todo el mundo, contesta el artista, estamos subiendo otra vez a la plataforma. La hostelera ha encontrado esto muy natural. La he prevenido que no volveríamos hasta la hora de cenar; y mientras estaba ocupada en desplumar y mondar una

paldo del sillón de cuero, y finalmente, como la Molicie cantada por el buen Despreaux, Florencio

Suspira, extiende los brazos,
los ojos cierra y se duerme...

Miguel, al fin libre, le contempla un momento y se precipita luego fuera de la sala.

Encuentra en la puerta a Dionisia Suzor que, al despertar, acaba de darse cuenta de la desaparición de Sol.

— ¿Ha visto usted a la señorita Egrefeuil?.. ¿Sabe usted dónde está el Sr. Ternat?, pregunta alarmada.

— No he visto a ninguno de los dos, y su ausencia me preocupa poco, contesta Miguel que sólo piensa en la alegría de volverse a encontrar al lado de la muchacha.

— A mí me inquieta, replica Dionisia, y los busco...

— ¿Pregunta usted por el caballero y la señorita?.. dice una criada que vuelve de la fuente con un cántaro de agua sobre la cabeza... Han vuelto a subir a la cúspide para ver la puesta del sol y no volverán hasta la noche...

— Entonces voy a salirles al encuentro, declara la señorita Suzor.

Y añade en contestación a una triste mirada de Silmont:

— He prometido a la señora Egrefeuil no separarme de ellos y quiero cumplir hasta el fin mis deberes de rodrigona.

— En este caso, ¿me permite usted que la acompañe?

— Con mucho gusto. No conociendo bien el camino, no me siento muy valiente, y celebraré tenerle a usted por guía.

Y ambos, sin hacer caso del sol que aun cae como lluvia de fuego sobre las pedregosas y empinadas veredas, trepan juntos hacia la cúspide.

XVI

Casi a la misma hora, el Sr. Egrefeuil y la señora de Val-Clavín, precedidos de su guía, acaban de subir el sendero que serpentea sobre el lago de Oncet.

La obligación de ir uno tras otro y los deprimentes ardores del sol oblicuo han interrumpido su galante coloquio.

Inclinando la espalda y fijando la vista en las orejas de su cabalgadura, llegan silenciosamente a la proximidad de la Hourque.

A los llamamientos del guía, que hace chasquear su látigo, las criadas de la hostería acuden y ayudan a los viajeros a apearse.

— ¿El señor y la señora, pregunta la mesonera, se quedarán sin duda a cenar y a dormir?

El azucarero contesta negativamente.

— No nos detendremos más que para refrescar y dejar que los caballos descansen un poco. Sírvanos bizcochos y una botella de Moet.

La mesonera no tiene champaña, pero recomienda un vinillo espumoso de primera marca y propone a los turistas que se sienten al fresco en el comedor.

Herminia echa una mirada a la sala y ve el sillón en que un hombre en mangas de camisa y con la cabeza cubierta con un pañuelo, dormita ruidosamente.

— No, murmura ella con un movimiento de retroceso, hay aquí un hombre que ronca como una peonza holandesa. Sírvanos usted fuera.

Colocan una mesa bajo el porche que comunica a pie llano con el comedor; los recién llegados se sientan ante una docena de bizcochos muy duros y de una botella en que espumea un vinillo blanco.

Egrefeuil llena los vasos y ofrece uno a la señora de Val Clavín.

— Bebamos el vaso de despedida, dice con una maliciosa sonrisa:

— Sea, replica la señora, canturreando:

*Voici l'instant suprême,
le moment des adieux...*

Toma un sorbo de vino y hace un gesto de desagrado:

— ¡Ay! Este vinillo espumoso es un vinagrillo bueno para el tocador... Me hace llorar y estas lágrimas vienen a propósito, puesto que es aquí donde usted me abandona para volver virtuosamente a los goces de la familia.

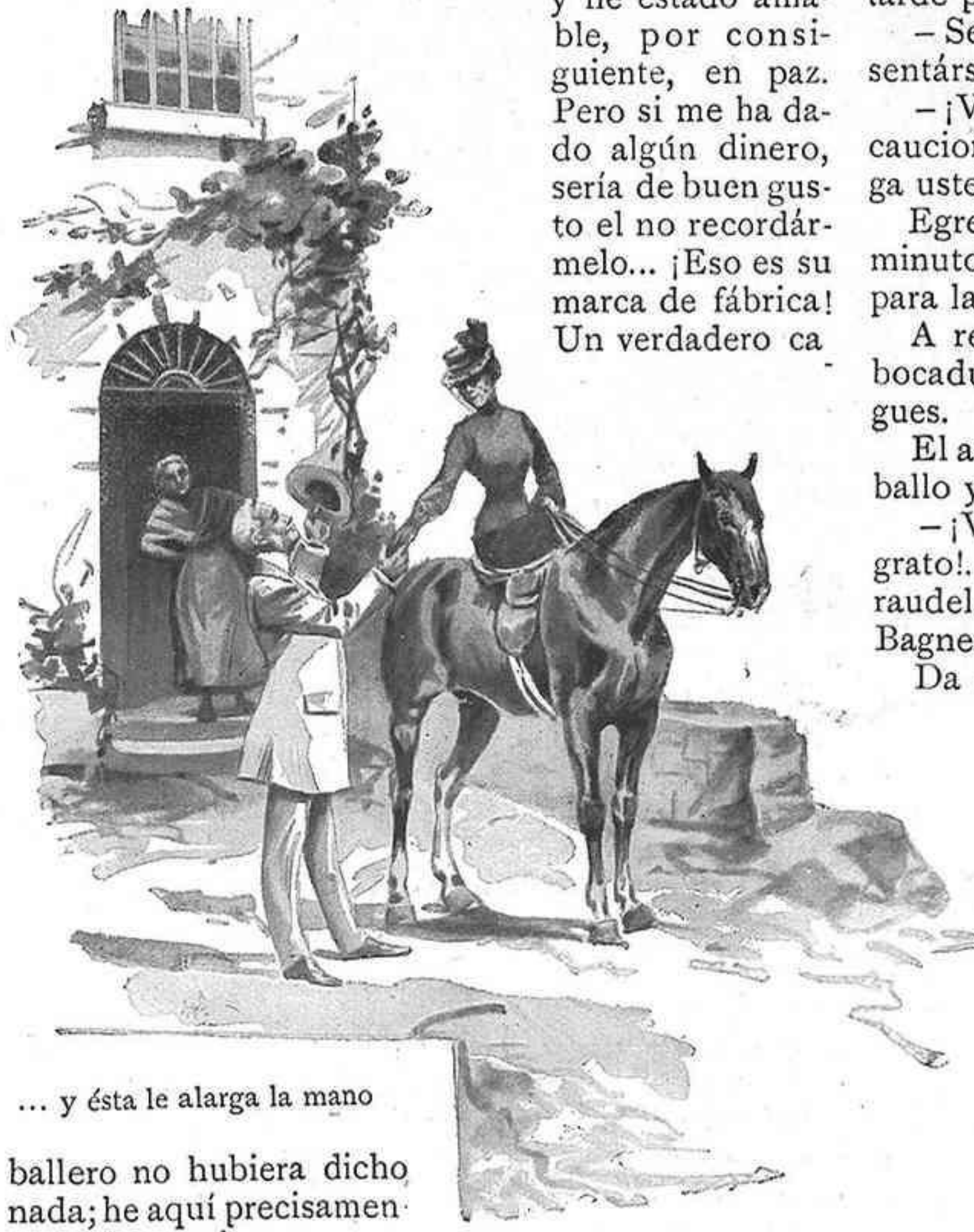
— No se burle usted... Sabe usted muy bien que durante estas cortas vacaciones, usted ha sido mi única alegría. Al menos, como consuelo, me lle-

vo el recuerdo de horas deliciosamente pasadas juntos.

— ¿Deliciosas?.. Hable por usted que se contenta con poco... Después de nuestro encuentro en el Casino de Arcachón, los placeres de que he disfrutado han sido mediocres. En Cauterets, durante toda una semana, me dejó usted plantada sin más distracciones que las comidas de la mesa redonda y monótonos paseos por el Mamelón Vert. En Saint-Sauveur me secuestró en un cuarto de hotel donde no venía usted sino después de cerrada la noche, como si temiera que le vieran conmigo. Sin embargo, vanidad aparte, yo soy de ver, y otros menos difíciles que usted me lo han dado a entender a menudo. Es posible que en el mundo comercial a que usted pertenece le llamen a esto «divertirse»; lo que es yo, he encontrado un poco burguesa esta manera de comprender el amor y estoy acostumbrada a más alegres locuras.

— Si mi amor es burgués, replica Egrefeuil mortificado, me porto al menos como un caballero y vendrá usted en que el comerciante ha sabido reconocer sus favores.

— ¡Vaya una gracia! Usted es rico..., yo soy guapa y he estado amable, por consiguiente, en paz. Pero si me ha dado algún dinero, sería de buen gusto el no recordármelo... ¡Eso es su marca de fábrica! Un verdadero ca-



... y ésta le alarga la mano

ballero no hubiera dicho nada; he aquí precisamente la diferencia.

El azucarero se pone encarnado y permanece un momento confuso; después continúa con voz melosa:

— Vamos, Herminia, deponga ese mal humor y no nos separemos reñidos. Supongo que no me ha pedido que la acompañase esta tarde, para disputar.

La señora de Val-Clavín suelta una carcajada y deja ver unos dientes muy blancos, que tienen adherido, acá y acullá, en minúsculas manchas rojas, un poco del carmín con que se ha pintado en demasía los labios.

— De ninguna manera, amigo mío... Solamente quería probar si su «sentimiento» le determinaría a acompañarme hasta Bagnères... Pero veo que daría usted quince y raya a San Antonio.

— Por favor, no me tiende... He prometido reunirme esta noche con mi mujer y mi hija en Luz.

— Pues vuelva usted al redil; esto será su penitencia... Pero puesto que usted conoce el camino, tenga usted la bondad de prestarme su guía. No me atrevo a ir sola por esos caminos a estas horas.

— Con mucho gusto. Voy a dar instrucciones a nuestro hombre y a pagarle de antemano lo que se le debe a fin de evitar a usted el disgusto de ser explotada.

— Gracias.

— ¿Adónde deberá conducirla?, añade Egrefeuil con un hipócrita suspiro.

— A Bagnères. Sin embargo, si la etapa me parece demasiado larga, pernoctaré en el camino donde encuentre un albergue pasable.

— ¿Entonces, insinúa irónicamente, es en Bagnères donde se propone usted olvidarme?

— Es posible... No tengo ganas de representar el papel de viuda inconsolable.

— ¡Oh!, ya sé que no han de faltarle adoradores... Hasta conozco uno que la admiró a usted en Cauterets y que está loco por usted.

— ¿Quién?

— Un tal Garaudel que la encontró a usted en el hotel de los Príncipes.

— Efectivamente, me acuerdo... Un original que colecciona plantas... Tiene cara de pavo.

— Tiene algo mejor... Es soltero y posee una fortuna bastante regular... Está entusiasmado con usted y haría usted muy mal en no hacerle caso.

Doña Herminia permanece un instante pensativa y murmura:

— ¿De veras, está enamorado a tal extremo?

— La ha tomado a usted en serio... Cree haberse las con una mujer del gran mundo... Es un buen simple...

— Oiga usted, replica agriamente la dama, no sea insolente o acabaremos mal, usted y yo... Soy más honrada que muchas de sus mujeres de la «buena» sociedad... y sobre todo más divertida.

— Nunca lo he puesto en duda, contesta Egrefeuil apoderándose de la mano de Herminia y besándola mimosamente... Volviendo a mi amigo Garaudel, la adora a usted... Pensaba encontrarlo aquí y me extraña mucho no verlo.

— ¿Le había usted anunciado que yo pasaría esta tarde por la Hourque?

— Se lo había dejado comprender y contaba presentárselo.

— ¡Vaya, vaya! Es usted un hombre lleno de precauciones... Pero yo debería ya haber partido... Tenga usted la bondad de avisar al guía.

Egrefeuil ejecuta dócilmente la orden, y, cinco minutos después, vuelve con el caballo dispuesto para la partida.

A respetuosa distancia, el guía espera en la embocadura del sendero que baja hacia Tramesaigues.

El azucarero ayuda a Herminia a montar en el caballo y ésta le alarga la mano.

— ¡Vamos, *adivias*, amigo y que el redil le sea grato!.. A propósito, si vuelve usted a ver al Sr. Garaudel, mándemelo; mañana por la noche estaré en Bagnères...

Da un latigazo a su cabalgadura y parte a galope.

En la pieza inmediata, el tío Florencio sigue roncando, pero su sueño es más agitado y sueña cosas extrañas.

Habiendo luchado largo rato contra las ganas de dormir, esta misma lucha agita su cerebro.

Sueña que ha descubierto un medio de captar el sueño, de solidificarlo y de venderlo a trozos.

Sentado en su almacén de drogas, delante de su balanza de precisión, pesa dosis soporíferas y las almacena en tarros de porcelana antigua sobre los cuales se lee en caracteres góticos:

Pilulae somni

De pronto — y esto es un fenómeno interesante para los fisiólogos que estudian la telepatía —, oye resonar en el pasillo de su oficina la voz de contralto algo ronca de Herminia de Val Clavín, y al mismo tiempo aparece ésta en persona cerca del mostrador, con un sombrero de fieltro guarnecido de plumas, bajo el cual ondulan sus cabellos rojizos, y un traje de amazona que hace valer la flexibilidad de su talle.

Sus labios tienen una irresistible sonrisa; sus ojos grises lanzan fulgores fosforescentes.

Con una voz de embaucadoras entonaciones, dice a Florencio:

«Los caballos están ensillados; ven, te llevo conmigo.»

De pronto, el muro de la oficina se abre milagrosamente como un ancho ventanal y deja ver, bajo una blanda luz, la perspectiva de la cordillera pirenaica de azulados contornos y nevadas cumbres...

El enamorado Garaudel quisiera seguir a la encantadora mujer a través de la montaña; pero, bajo la influencia del licor soporífero que ha descubierto, los pies se le vuelven pesados como plomo y su cerebro se nubla de sueño.

Hace impotentes esfuerzos para arrancarse de su mostrador y queda clavado en el suelo...

Se le pone pastosa la lengua y habla confusamente: tanto que Herminia, roja de impaciencia y despecho, le grita:

«¡Especie de calabaza!»

Después de lo cual fustiga su caballo y huye a galope.

Este galope es tan ruidoso que despierta a Florencio Garaudel con sobresalto.

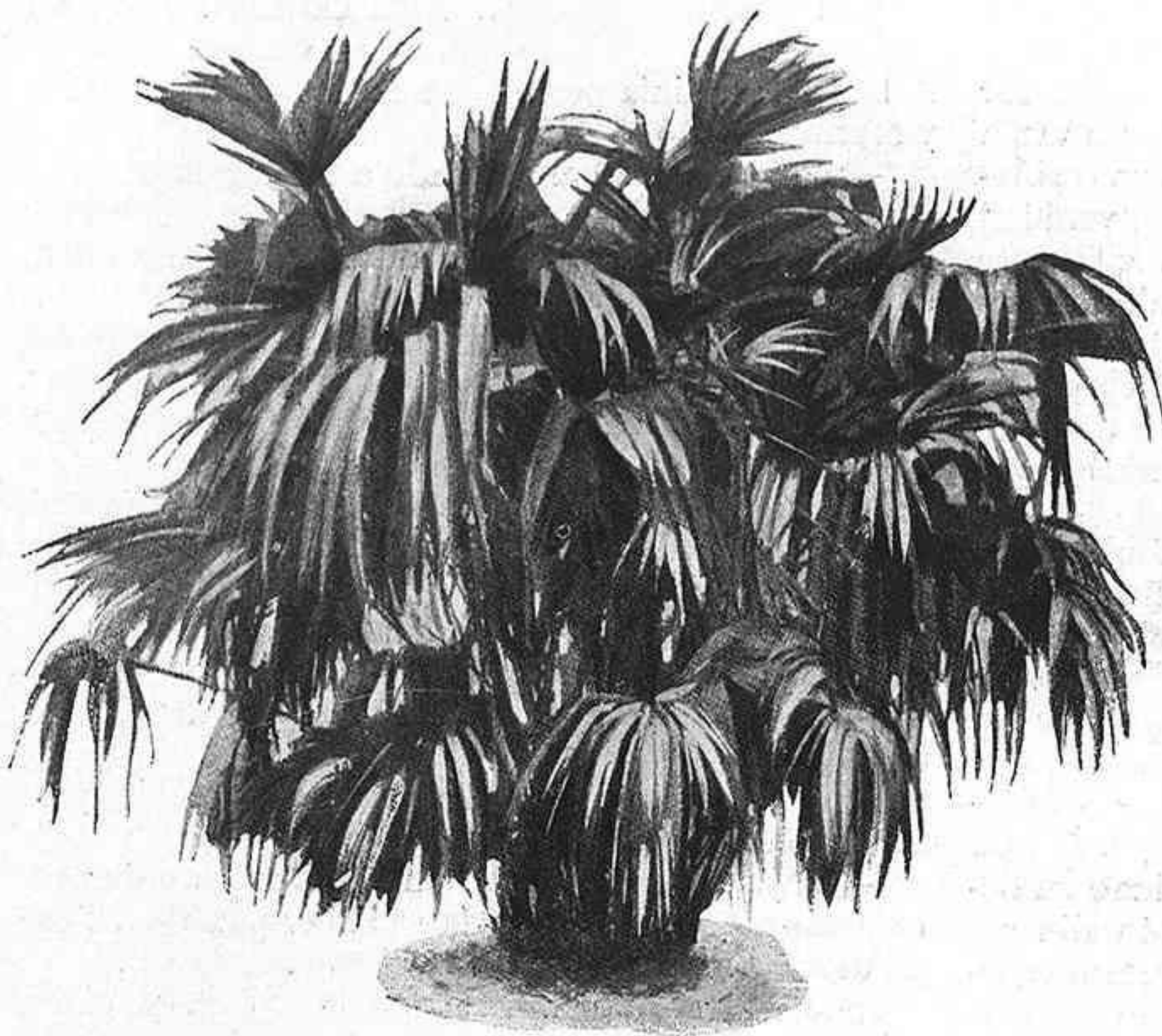
(Se continuará.)

EL SOMBRERO DE MANAVÍ O DE PANAMÁ

Según las relaciones más fidedignas, hace 285 años que el ecuatoriano Francisco Delgado hizo el primer sombrero de la famosa paja denominada «toquilla»,

neo debiera corregirse llamando a dicho producto sombrero de Manaví, el nombre del sombrero de Panamá, por el cual se le conoce comúnmente, ha llegado a usarse de manera tan general que es muy probable que jamás se efectúe el cambio.

de de madera. Las hebras se disponen radialmente equidistantes, en pares, y se comienza a tejer en la parte superior de la copa, y se continúa en forma circular hasta que se termina el sombrero, cuidándose mucho de no agregar hebras mientras se está tejiendo



La palma Carludovica

Esta palma, de la cual se obtiene la paja denominada toquilla, para tejer los llamados sombreros de Panamá, crece silvestre en las regiones cálidas y húmedas de la costa del Pacífico, en el Ecuador y Colombia, así como en los bosques del Alto Amazonas, en el Perú. Llega a tener una altura que varía desde 6 hasta 10 pies. Hay varias clases de esta planta, de las cuales algunas se han cultivado con más o menos éxito. La planta silvestre es la que produce la fibra comercial.

en la Provincia de Manaví, República del Ecuador. Como en aquella época Panamá era el gran centro de distribución de los productos de la costa occidental de Sud América, se suponía que muchos de

unos 5 pies de alto, las hojas tiernas se cortan antes de ensancharse mucho, y así quedan listas para usarse.

Cuando se les han quitado las venas, las hojas se sumergen repetidas veces en vasijas llenas de agua hirviendo, y después que se sacuden bien, se ponen al sol para blanquearlas.

Agregando cierta porción de zumo de limón al agua caliente, se obtiene una paja extraordinariamente blanca.

Entonces esta última se escoge con sumo cuidado, puesto que su mérito depende de la longitud, espesor, color y número de hebras que se obtiene de cada hoja.

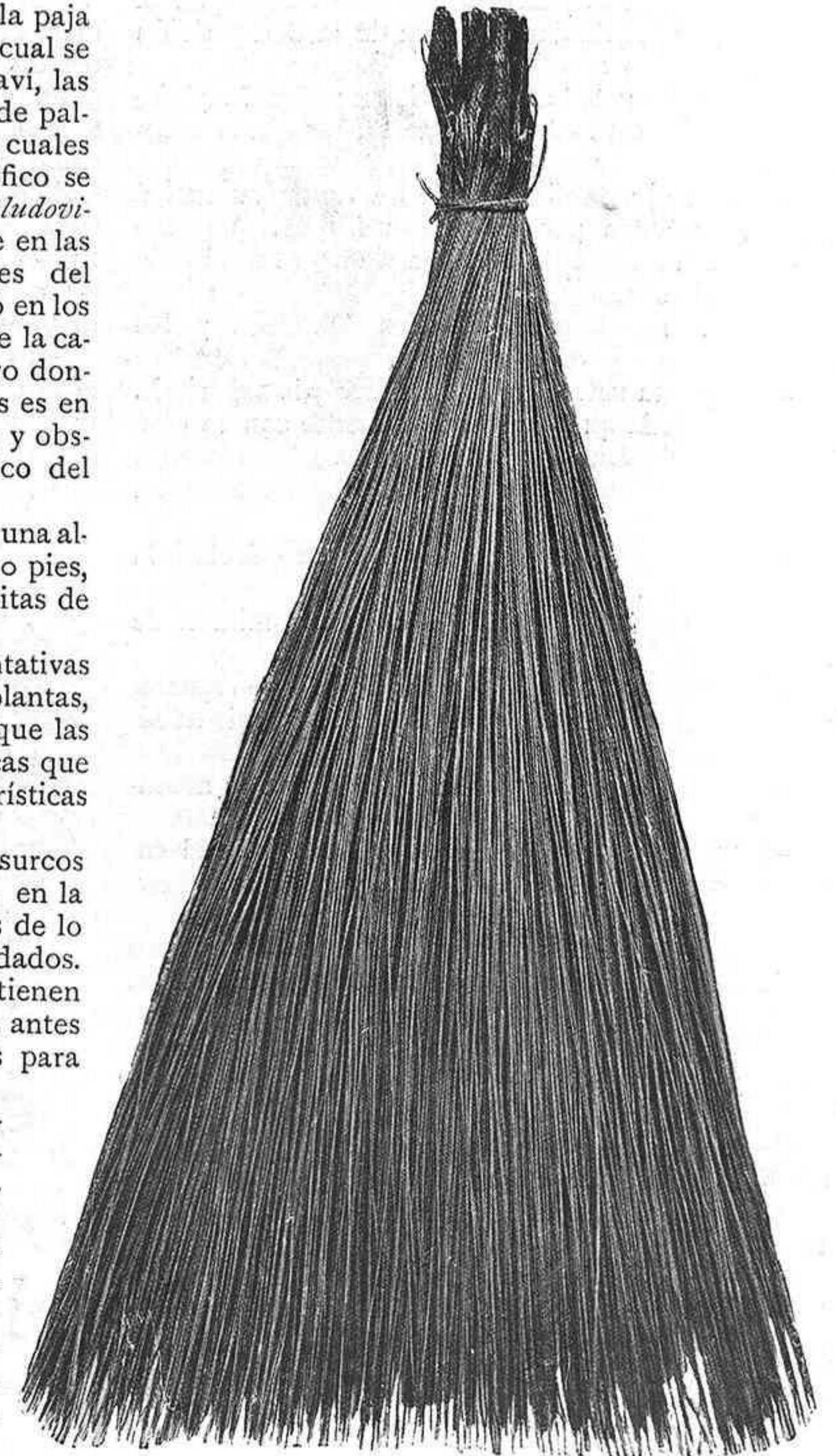
La paja más burda que no sirve para la fabricación de sombreros, se utiliza para hacer cesticos, adornos, sacos y otros artículos.

La paja toquilla se vende en muchas partes del interior para la fabricación de sombreros, y también se exporta a países extranjeros donde los sombreros se hacen con máquina.

Los principales centros de esta industria, en el orden de su importancia, son Montecristi y Jipijapa, en la Provincia de Manaví; Santa Rosa y, en pequeña escala, Guayaquil, en la Provincia de Guayas; y también en Cuenca, en la Provincia de Azuay.

Millares de indígenas de ambos sexos y de todas edades se ocupan en el interior de la República en tejer sombreros, obra que llevan a cabo desde poco después de media noche hasta las 7 de la mañana, mientras hay humedad en la atmósfera, puesto que la paja se torna quebradiza durante el día.

Después que la paja se prepara tal como antes se ha indicado, y cuando se humedece a fin de que resulte flexible, se hiende con la uña del dedo meñique o del pulgar en hilos de los anchos que se requieran. Entonces se ata por el medio un mazo de paja y se coloca en el centro de un mol-



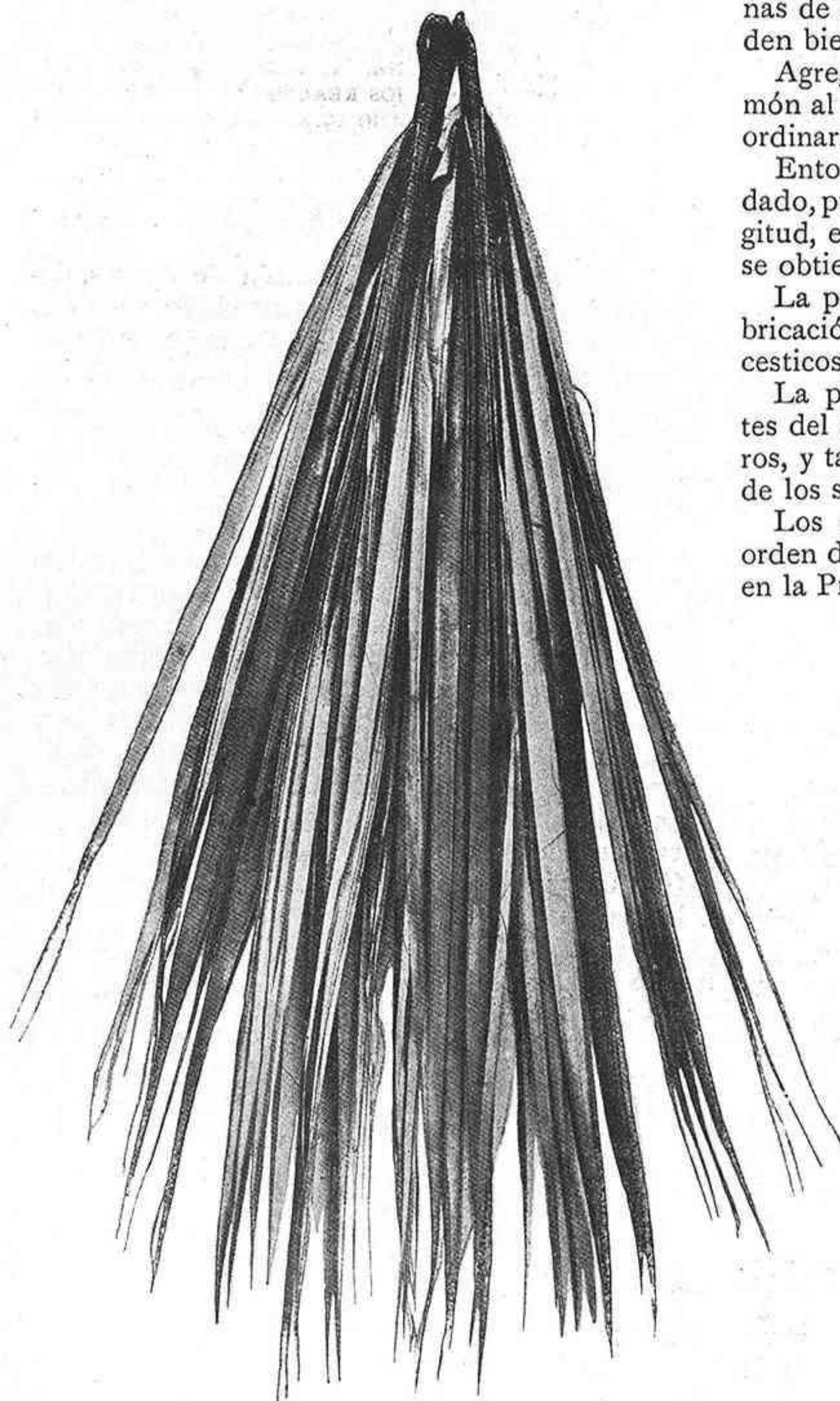
Fibra de palma descortezada, limpia y lista para tejer

Las hebras exteriores se quitan y las interiores se dividen en hilos tan finos como se desee. Después de sumergir en agua hirviendo la palma se deja secar a la sombra, y luego se pone al sol.

la copa, pero aumentando el número de las que se usan para hacer el ala y el borde.

La belleza y durabilidad del sombrero dependen del grado de exactitud con que se alargan las hebras. Si se rompe una de éstas puede reponerse y tejerse de tal manera que no se nota.

Entonces se le dan los últimos retoques, recortando el ala, poniéndole un filete al borde y ajustando



Pencas de la palma que se usa para fabricar sombreros

Esta palma se asemeja al palmito. Las hojas o pencas tiernas se cortan del tallo mientras están plegadas, cuando empiezan a abrir

éstos procedían de dicha ciudad, y así los sombreros de paja toquilla del Manaví llegaron a llamarse sombreros de Panamá. Por más que este nombre erró-

del dedo meñique o del pulgar en hilos de los anchos que se requieran. Entonces se ata por el medio un mazo de paja y se coloca en el centro de un mol-

hábilmente todos los extremos proyectantes de las hebras de manera que queden invisibles.

Luego el sombrero se lava en agua fría enteramente limpia, se le da una capa de una solución clara de goma, y se pule con azufre seco.



Tejedores de sombreros

Las fibras que se usan para tejer los sombreros más finos son tan delicadas como el lino. Cuando se rompe una hebra o sobresale un nudo, el valor del sombrero sufre una rebaja de más de un 50 por 100.

Las cualidades más importantes de un buen sombrero son la durabilidad, resistencia, elasticidad, e impermeabilidad, a fin de que pueda lavarse fácilmente cuando se ensucia.

Los sombreros pueden enrollarse sin hacerles daño, y duran muchos años; pero si se rompe una

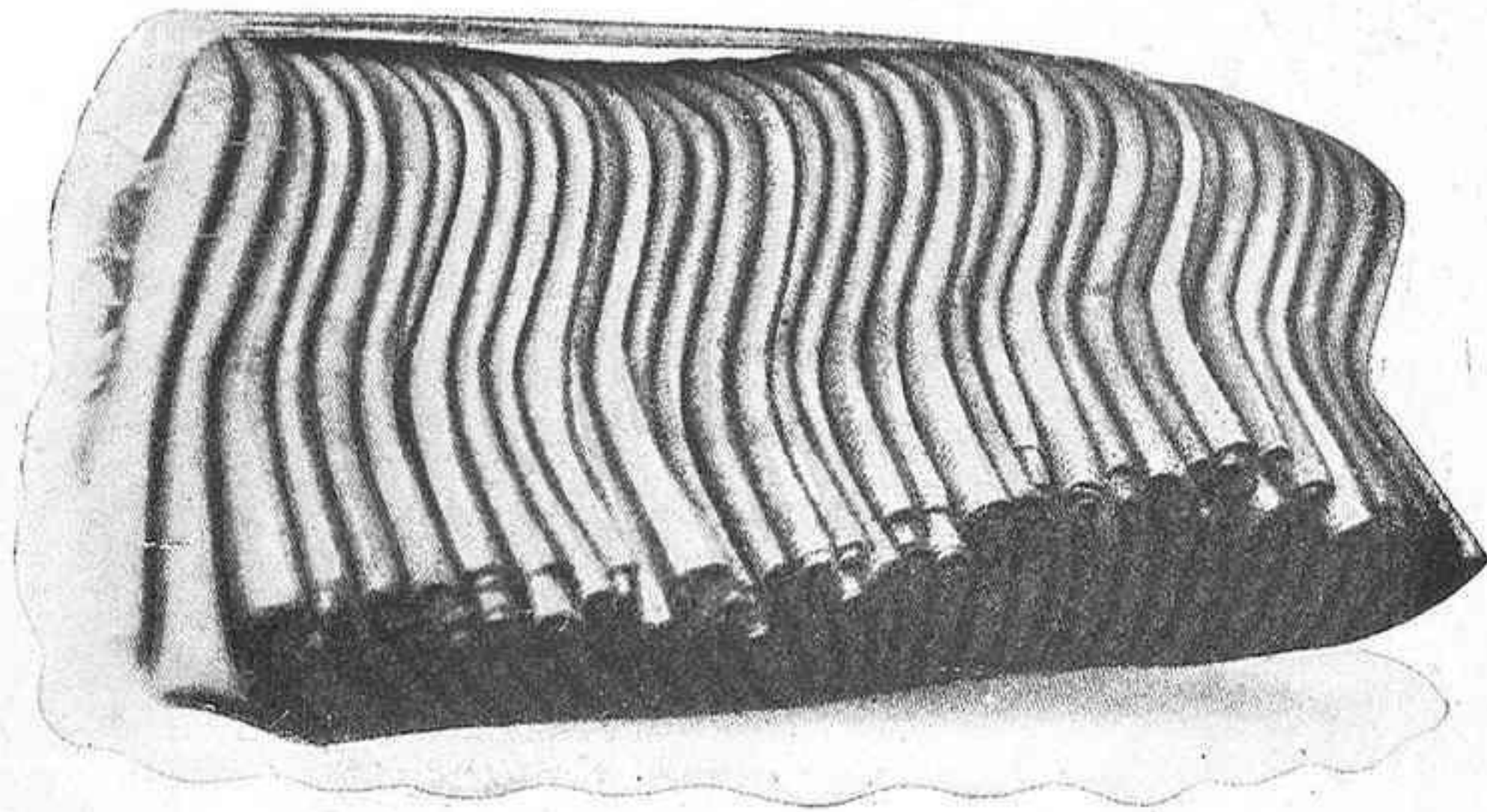
a los Estados Unidos, Alemania, Francia y Bélgica, y en cantidades menores a Las Antillas, México, Centro y Sud América.

Se embarcan en fardos, sacos, lienzos o cueros.

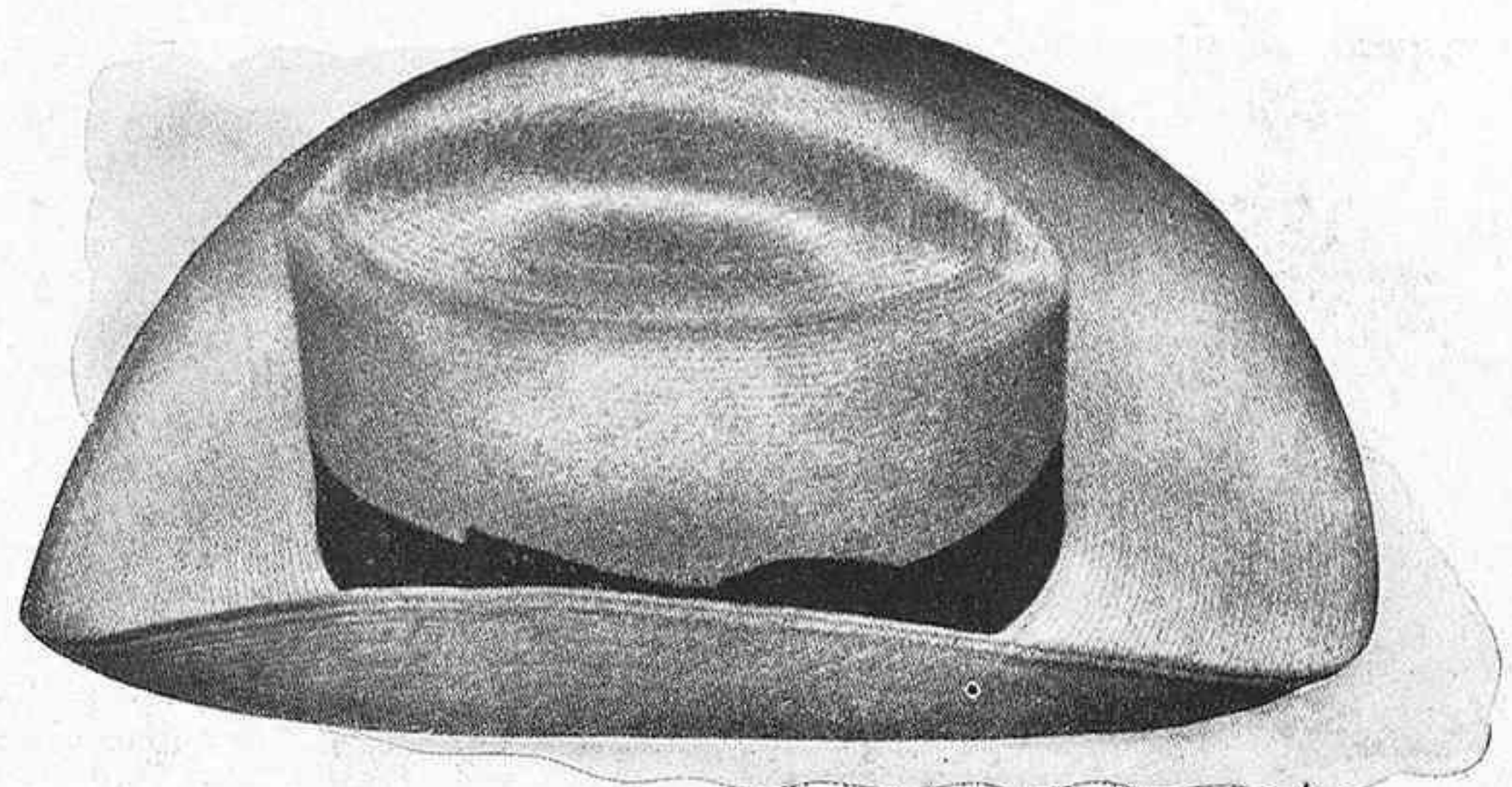
Se usa también otra clase de sombrero que se hace de una especie de grama y que se denomina som-

de los mejores varían desde 12 hasta 15 pesos cada uno.

Las clases más inferiores de Manaví se venden al por mayor a precios que varían desde 1,45 hasta 24,50 pesos la docena, en tanto que las clases superiores se venden desde 4,50 hasta 20 pesos cada uno,



Sombreros tales como se embarcan



Sombrero acabado

paja o hebra de la copa su valor se reduce a la mitad de lo que era cuando no tenía ningún defecto.

Para terminar los mejores sombreros se requieren desde tres hasta seis meses, trabajando cuatro o cinco horas al día, pero los niños suelen hacer dos sombreros de clase inferior de paja burda en un día.

Es necesario tener mucha paciencia, buena vista y la habilidad que se adquiere con los años de experiencia para poder tejer los mejores sombreros.

Los sombreros más finos que jamás se han hecho los tejió un ecuatoriano de apellido Palma, que los vendió a razón de 200 pesos cada uno. Estos sombreros fueron regalados al Emperador Napoleón III y al Mariscal MacMahon, respectivamente.

La única tacha o defecto de los sombreros de Manaví es el hecho de que todos tienen la misma forma, siendo así que no se ha procurado adaptarlos al gusto moderno.

Si a los tejedores se les mostrasen las formas que se desean, en seguida las imitarían y tejerían sombreros de acuerdo con la última expresión de la moda.

Para conservar bien el sombrero de Manaví es necesario cuidarlo mucho. Como el agua le hace muchísimo daño, debe secarse y plancharse bien cada vez que se ha expuesto largo tiempo a las lluvias.

Por más que los rayos del sol no dañan al sombrero — puesto que sólo le hacen cambiar un tanto el color — debe humedecerse de cuando en cuando para que conserve su flexibilidad.

Cualquier daño que le sobrevenga al sombrero debe repararse en seguida, pues de lo contrario se echa a perder por completo.

Cuando el sombrero no se usa, debe enrollarse con sumo cuidado y envolverse en papel alcanforado para resguardarlo de los ataques de insectos, o si se creyese más conveniente, puede guardarse en su forma usual en una caja que contenga alcanfor.

Los sombreros que se exportaron en 1913 fueron valuados en 1.127.508 pesos. Dichas exportaciones se hicieron principalmente

brero junco, del cual se exporta anualmente una cantidad evaluada en 1.000 pesos. Estos sombreros no pueden compararse, por ningún concepto, con los que se hacen de toquilla.

Los sombreros de esta última paja se venden a precios que varían desde unos cuantos centavos hasta 100 pesos o más cada uno.

Los precios al por mayor de los sombreros de Cuenca de las clases más baratas varían desde 8,75 pesos hasta 12 la docena, en tanto que los precios

y los más finos de todos se venden a precios que varían desde 25 hasta 100 pesos o más cada uno.

Hay exportadores que venden cierta clase de sombreros especiales, otros que sólo venden los de clase superior, otros las clases más baratas y otros que los venden de todas clases.

FEDERICO W. GODING,

cónsul general de los Estados Unidos en Guayaquil, Ecuador

(Del Boletín de la Unión Panamericana.)

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

por autores o editores

CÁMARA DE COMERCIO Y NAVEGACIÓN DE BARCELONA. MEMORIA DE LOS TRABAJOS REALIZADOS DURANTE EL AÑO 1914. — La Memoria que, en cumplimiento del Real decreto de 29 de diciembre de 1911 ha enviado a la Dirección general de Comercio la Cámara de Comercio y Navegación de Barcelona y que trata de los trabajos por ésta realizados durante el año 1914, es digna de verdadero estudio y merece un examen detenido que lamentamos no poder hacer dada la índole de esta sección. Nos limitaremos, pues, a decir que en sus distintos capítulos se trata de las materias siguientes: organización, administración y régimen interior de la Cámara; atribuciones y vida de relación de la Cámara; la Comisión ejecutiva de la Asamblea de Cámaras; exposición comercial; actuación motivada por la guerra; cultura mercantil; ferrocarriles; correos, telégrafos y teléfonos; asuntos marítimos; legislación mercantil e industrial, banca y bolsa; aranceles y aduanas; asuntos contributivos; asuntos provinciales y municipales y de organización, fomento y defensa del comercio local; y servicio comercial e informaciones. Sobre todas estas materias hay trabajos tan interesantes como luminosos que ponen de manifiesto la excelente organización y composición de la Cámara y la atención y el talento con que en ella se estudian los más complejos problemas, se resuelven arduas cuestiones y se aplican o se proponen soluciones para todos los conflictos que a su consulta se ofrecen o que examina por su propia iniciativa. Contiene, además, varios apéndices, entre ellos uno muy importante relativo a la información facilitada por la Cámara a la Junta de Iniciativas. Es, en suma, una obra repleta de útiles enseñanzas que honra a la benemérita entidad que la ha publicado. Un tomo de 364 páginas, impreso en Barcelona en los talleres de Artes Gráficas de Henrich y C. en C.

lo mejor para el pelo

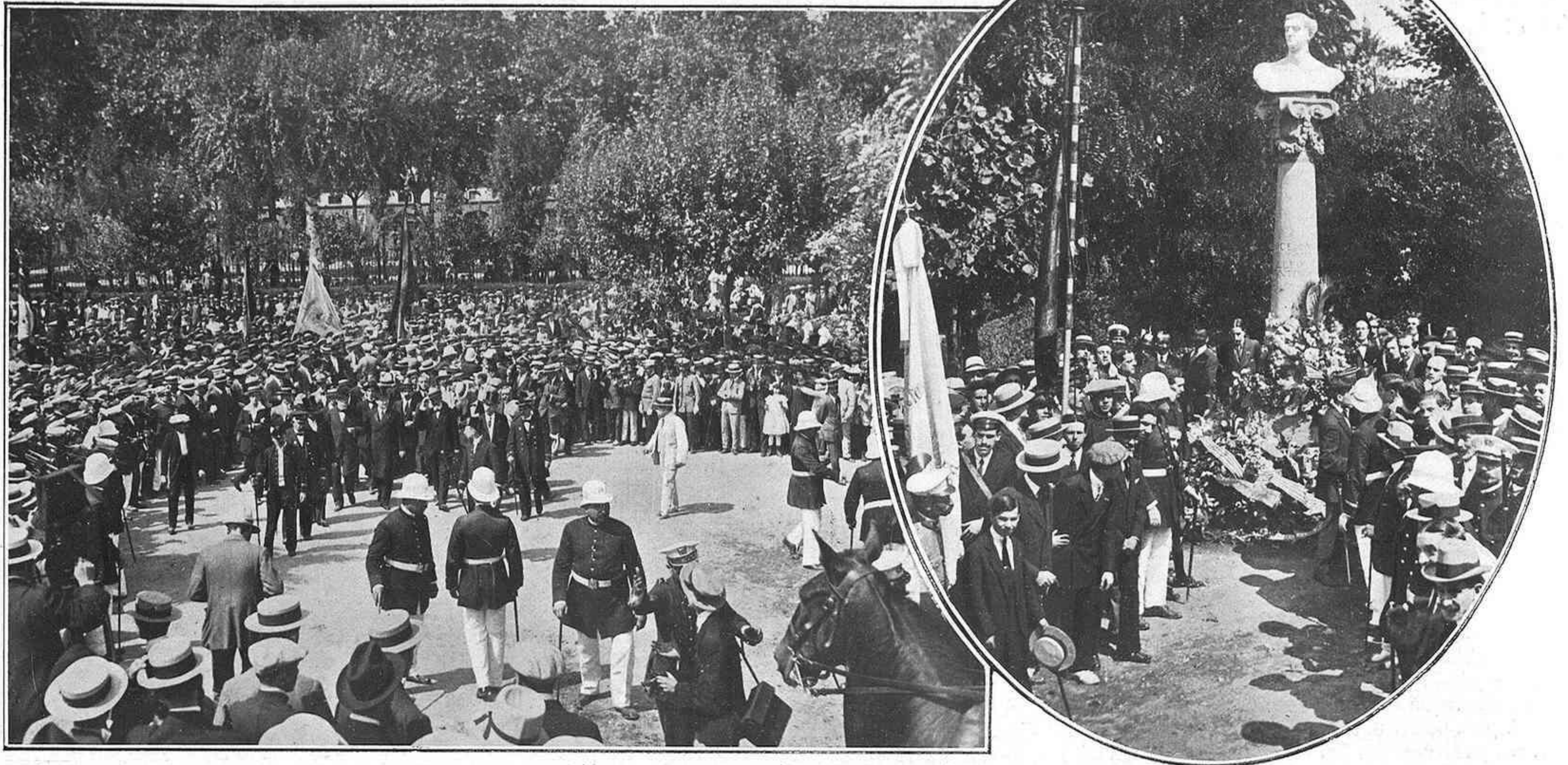


PETROLEO GAL

A. Ehrmann

BARCELONA. - HOMENAJE A LA MEMORIA DE LEÓN FONTOVA

(De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



La comitiva oficial entrando en el Parque. - El monumento a León Fontova, al pie del cual vense las coronas depositadas con motivo del homenaje

La Asociación Montero, queriendo honrar la memoria de León Fontova, organizó un homenaje al genial actor, que fué indudablemente la mayor gloria del teatro catalán y seguramente una de las más grandes figuras de la escena mundial, como así lo proclamaron eminentes actores extranjeros que tuvieron ocasión de admirarle.

El día 4 en el domicilio de la Asociación mencionada celebró una velada literaria en la que se leyeron notables trabajos debidos a Conrado Roure, Federico Soler, Feliu y Codina, Martí y Folguera, Vidal y Valenciano, Riera y Bertrán, Apeles Mestres, E. Soler de las Casas, A. Carrión, Roca y Roca, Pijoán, Ignacio Iglesias, Adriano Gual, Burgas y Joaquín Montero. El Sr. Piera, en representación de la Asociación de Actores, adhirió a la fiesta y los se-

ñores Sansalvador y Matons, representantes de la Diputación provincial y del Ayuntamiento respectivamente, pronunciaron sentidos y elocuentes discursos.

Al día siguiente efectuóse la manifestación pública que partió de la Plaza de la Universidad y se dirigió al Parque, en donde se alza el monumento dedicado a Fontova.

La comitiva, a la que precedían dos municipales a caballo, la banda municipal y maceros de la Diputación provincial, estaba presidida por el ilustre dramaturgo Angel Guimerá, D. José M.^a Pous, D. Conrado Roure, D. Ambrosio Carrión, el actor Sr. Piera, el diputado provincial Sr. Sansalvador y los concejales señores Matons y Rita. De ella formaban parte muchas entidades con sus banderas y numeroso pú-

blico en el que se veía a nuestros más conocidos literatos, artistas y actores.

Al pie del monumento fueron depositadas las coronas ofrecidas por las entidades y particulares siguientes: Asociación Montero, Asociación de Artistas líricos y dramáticos, *Asociació Catalana d' Art dramàtic*, *Asociació Guimerá*, *Foment del Centre Català*, *Agrupació Guimerá*, *L'Auba*, *Casal Nacionalista Sagrerench*, Enrique Borrás, G. Martínez Sierra y Catalina Bárcena, y se colocó una lápida enviada por la *Agrupació Fontova*, de Buenos Aires.

Pronunciaron elocuentes discursos, que fueron muy aplaudidos, los señores *Amichatis*, Sansalvador, Matons, Piera, Roure y Guimerá, todos ensalzando la memoria de Fontova y haciendo votos por la mayor prosperidad del teatro catalán.

LA EMPERATRIZ EUGENIA

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT

Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

Paris

Data de 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Es el único remedio de éxito seguro

Es St-Denis, 46

Casa CANDÈS

AVISO A LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ia} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PARA CURAR SIN MOLESTIA
CALLOS Y DUREZAS
CALCIDA
ESCRIVA

ES EL

UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

EL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. - Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. - Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona.

HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el verdadero. El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero. 14.R. Beaux-Arts. París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN